

## **PREFACIO.**

El presente estudio fue realizado en la reunión de estudio bíblico de la Iglesia Smirna, de Santiago, Chile, entre el 6 de junio de 1984 y el 28 de julio de 1999. Esto explica el carácter fragmentario y repetitivo que a veces tiene.

Este es un estudio para cristianos corrientes, no para eruditos, como cualquier erudito que llegare a leerlo se dará cuenta de inmediato. No puede ser leído como una novela, de corrido y apresuradamente, sino lentamente, reflexionando en cada párrafo y, en lo posible, en cada línea, y aplicándolo a la propia vida. Lo medular son las citas bíblicas cuya lectura reflexiva no debe ser omitida. Los comentarios y reflexiones del autor y de sus fuentes pueden en algún caso estar erradas, pero la palabra de Dios, nunca.

La lectura lenta y reflexiva requiere paciencia y constancia. Suplico al eventual lector que la tenga. Creo que como a mí esa actitud me ha sido espiritualmente provechosa, así lo será también para otros, por la gracia y bondad de Dios.

Este estudio no pretende originalidad, salvo aquello que es el fruto de la propia experiencia del autor. Por eso, doy al final una bibliografía, que no puede ser completa, para reconocer las fuentes utilizadas. He procurado señalar en el texto lo más completamente que me ha sido posible dichas fuentes.

También se incluyen observaciones hechas por la propia congregación de la iglesia Smirna.

Reconozco públicamente la paciencia y el amor de mi esposa, indispensable para llevar a término este trabajo.

También agradezco a la Hna. Lorena Alburquenque de Barrera su responsabilidad y acuciosidad para escribir el manuscrito en el computador y a mi hijo Alvar por darle la forma definitiva para su publicación.

Finalmente, oro a mi Padre celestial para que este trabajo no sea en vano y para que así como he sido bendecido por el estudio de esta magnífica epístola, así lo sean también mis amados hermanos que pudieren leerlo, todo por obra y gracia del Espíritu Santo, que nos ilumina para entender su palabra y nos fortalece para aplicarla efectivamente a nuestra vida.

¡Para Dios, nuestro Padre, sea toda gloria!

Santiago, mayo de 2007.

## **INTRODUCCIÓN.**

### **1. – La ciudad de Éfeso.**

Esta ciudad fue fundada por atenienses en Jonia. Llegó a desplazar a Mileto como centro comercial y capital política de la región. Conquistada por Roma, llegó a ser la capital de la provincia proconsular de Asia. Entre sus edificios se destacaba el templo de Diana (Artemisa), considerado una de las siete maravillas del mundo antiguo. Tenía trescientos metros de largo por ochenta metros de ancho, con cien columnas de mármol de unos veintisiete metros de altura cada una. El teatro de la ciudad tenía capacidad para más de veinticinco mil personas y la vía que unía la ciudad con su puerto era de mármol en toda su longitud.

En tiempos de Pablo ya estaba en decadencia, por el embancamiento del puerto. Su lugar iba siendo tomado por Smirna, pero continuaba teniendo gran influencia religiosa. Diana era la diosa de la fertilidad, resultado de la unión de una diosa griega con la diosa asiática Astarté.

Unos seiscientos años después su puerto estaba completamente embancado. En la actualidad la costa dista unos treinta y cinco kilómetros del antiguo puerto.

### **2. – La iglesia de Éfeso.**

2.1. – La ciudad fue visitada brevemente por Pablo en su segundo viaje misionero: Hechos 18: 18-21.

2.2. - Pablo permaneció en Éfeso durante tres años, en su tercer viaje misionero: Hechos 19 a 20: 1; realizó entonces una obra infatigable: Hechos 19: 8-10. El efecto del evangelio tanto en la ciudad misma como en la provincia fue muy poderoso: Hechos 19: 18 a 20 y 26 a 27. Este ministerio llegó a su fin a causa del alboroto que provocó Demetrio: Hechos 19: 23 a 20: 1.

2.3. – La última visita registrada de Pablo no a la ciudad, sino a parte de los miembros de la iglesia, se produjo al regreso de su tercer viaje misionero, cuando se despidió de los ancianos de ella en Mileto: Hechos 20: 15-20,26-38. Sin embargo es posible que haya podido visitar la ciudad posteriormente.

### **3. – La carta.**

3.1. – **El autor:** Pablo fue el autor de la carta, indudablemente, a pesar de la diferencia de tono con casi todas las demás, lo que se debería a que mientras casi todas las otras son de controversia y lucha, esta es de oración, acción de gracias y adoración.

3.2. – **Fecha:** 62 a 63 de nuestra era, es decir, sólo treinta y dos a treinta y tres años después de la crucifixión de nuestro Señor Jesucristo.

3.3. – **Lugar:** desde la cárcel, en Roma (casi seguramente, la cárcel Mamertina).

4. – **Circunstancias.** Pablo la escribió mientras permanecía preso en Roma: Hechos 28: 30-31 y al mismo tiempo que las cartas a los colosenses y a Filemón. Fue enviada con Tíquico, quien fue de Éfeso a visitar al apóstol en la cárcel.

5. – **El problema de los destinatarios.**

Hay ciertos manuscritos (algunos de los más antiguos, pero no los mejores, por ser manifiestamente adulterados), como el Vaticano y el Sinaítico, que omiten la frase “en Éfeso” (en 1:1). Más significativo es que falten referencias personales, que aparecen obligatorias en una carta dirigida a una iglesia tan querida y tan ligada al apóstol.

Es posible que haya sido dirigida a todas las iglesias de la provincia, en la forma de una carta circular. Pero como Éfeso era la iglesia principal y la “madre” de las demás, puede ser que haya llegado a ser considerada como exclusiva de esa iglesia.

La frase “en Éfeso”, de 1:1, se encuentra en todos los manuscritos antiguos (excepto el Vaticano, el Sinaítico y el Chester Beatty) y en las versiones antiguas y como fue usado sin discusión hasta aproximadamente mediados del siglo XIX, para nosotros ese hecho es decisivo en cuanto al carácter original de la expresión. Sin embargo esto no elimina la posibilidad de que haya sido una circular.

Hay quienes la han identificado con la “carta a los laodicenses” mencionada en Colosenses 4:16, mientras otros sostienen que dicha carta es la a Filemón. El asunto es extremadamente dudoso.

6. – **Condición de la iglesia.**

Hacia fines del siglo I la iglesia se encontraba en la condición señalada en Apocalipsis 2: 1-7. Aparentemente no volvió a su primer amor, por lo cual su candelero fue quitado (versículo 5): La iglesia ya no existe y de la magnífica ciudad sólo quedan sus ruinas.

## **SÍNTESIS Y BOSQUEJO.**

### 1. – **Síntesis.**

Muy generalmente, consta de dos partes: una doctrinal: 1: 1 a 3:21, que enseña que hemos sido elegidos, salvados por gracia, por medio de la fe, sellados por el Espíritu Santo y hechos un solo pueblo de Dios, tanto los judíos como los gentiles; y otra práctica: 4: 1 a 6: 20, que nos enseña cómo debemos vivir, en vista de la elección y la redención de que hemos sido objeto.

El tema general es: “La iglesia, el cuerpo de Cristo”.

### 2. – **Bosquejo.**

#### I Saludo: 1: 1-2.

#### II Enseñanza sobre la gracia de Dios: 1:3 a 3:21.

1. Acción de gracias: 1: 3-14.
2. Oración para pedir conocimiento: 1: 15 -23.
3. El don de la vida: 2: 1-10.
4. Gracia para los gentiles, igual que para los judíos: 2:11-22.
5. Mensajero de gracia: 3: 1-13.
6. Oración para pedir poder espiritual: 3: 14-19.
7. Doxología: 3: 20-21.

#### III Exhortaciones a los que reciben la gracia: 4: 1 a 6: 20.

1. Exhortaciones a la unidad cristiana: 4: 1-16.
2. Exhortaciones a una vida cristiana moral: 4: 17 a 5: 21.
  - 2.1 Vida vieja y vida nueva: 4: 17-24.
  - 2.2 Vicios paganos y virtudes cristianas: 4: 25 a 5: 2.
  - 2.3 Tinieblas y luz: 5: 3-14.
  - 2.4 Locura pagana y fervor cristiano: 5: 15 – 21.
3. Exhortaciones a la familia cristiana: 5: 22 a 6: 9.
  - 3.1 Esposas y maridos: 5: 22-33.
  - 3.2 Hijos y padres: 6: 1-4.
  - 3.3 Siervos y amos: 6: 5-9.
4. La lucha cristiana: 6: 10-20.

#### IV Conclusión: 6: 21-24.

## EXPOSICIÓN.

### I Saludo. 1: 1-2.

Casi todas las cartas de Pablo empiezan con un saludo, acción de gracias y oración. En esta están presentes los tres. Cada uno es una sola y larguísima frase.

### Capítulo 1.

#### **Versículo 1 : “Pablo, apóstol de Jesucristo, por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso”.**

“Pablo”: no hay duda sobre la paternidad literaria de la carta.

“Apóstol de Jesucristo”:

1º Es un mensajero:

“Ora en orden a Tito, es mi compañero y coadjutor para con vosotros; o acerca de nuestros hermanos, los mensajeros son de las iglesias y la gloria de Cristo”

II Corintios 8: 23.

2º Es un misionero:

“... unos eran con los judíos y otros con los apóstoles... Y como lo oyeron los apóstoles Bernabé y Pablo, rotas sus ropas, se lanzaron al gentío, dando voces”

Hechos 14: 4 y 14.

3º Es un embajador especial, igual que los demás apóstoles, es decir, había sido nombrado, enviado y acreditado por Jesucristo mismo, como testigo de su resurrección. Había sido acreditado por medio de un poder especial para hacer milagros y por la inspiración.

Por todo lo anterior estaba convencido plenamente del señorío de Cristo, por lo cual debía hacer su voluntad y no la propia (él como nosotros), a cualquier costo. En su caso ese costo incluía estar encarcelado: Colosenses 4: 18; Filemón 1, 9,10; Efesios 6:20; haber envejecido prematuramente: Filemón 9; y haber sufrido mucho: II Corintios 11: 23-28. Sin embargo, sólo tiene alabanzas, acción de gracias y oración; ninguna queja ni amargura.

Sabía que era “apóstol” de Jesucristo, es decir, que había sido enviado por él y esto le comunicaba una decisión inquebrantable y una dignidad y una nobleza incomparables. No era como el que siempre duda, vacila, hiede al aire y se le doblan las rodillas y se le caen los brazos. Necesitamos pensar y ser como él:

“Hermanos, yo mismo no hago cuenta de haberlo ya alcanzado, pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús”

Filipenses 3: 13 y 14.

**“Por voluntad de Dios”.** Esto implica que:

1º Tenía autoridad dada por Dios, pues él le había llamado. Por lo tanto es bueno prestar atención a lo que tiene que decir, pues su misión se la ha dado Dios mismo; y

2º No era apóstol por sus propios méritos. En realidad se consideraba indigno de serlo: Efesios 3: 8; I Timoteo 1: 15 y 16. Al reconocerlo, Pablo expresa su humildad.

En otras palabras, el privilegio supremo que tenía como apóstol lo debía a la gracia de Dios, no a su capacidad o méritos.

Así debe ser con nosotros: sin temor frente a la oposición humana y a la dificultad del trabajo, lo cual se traducirá en perseverancia, a pesar de lo duro del terreno, pero libres de orgullo y confianza propia, por la conciencia que debemos tener de nuestra imperfección y debilidad.

**“A los santos”:** Así designaba Pablo corrientemente a los cristianos en general.

Originalmente el término “santo” designa a algo “separado” para algún propósito especial de cualquiera naturaleza. Con el tiempo la palabra quedó ligada a una clase especial de separación: “separación para el servicio de Dios”. Cuando se refería a personas, designaba al “pueblo de Dios”. En este caso no se refería al carácter moral o espiritual, aunque como los miembros del pueblo de Dios deberían vivir en forma digna de esa condición terminó por asociarse estrechamente a la idea de pureza y virtud.

Para el catolicismo, “santo” es un cristiano que ha alcanzado cumbres notables de pureza y virtud, como si dijéramos que es virtuoso en “grado heroico”, por lo cual puede obrar milagros y beneficiar con sus virtudes a cristianos menos virtuosos. Pero este concepto es falso, puesto que aquí Pablo lo aplica a todos los salvados.

Somos “santos”, si hemos nacido de nuevo por fe en Jesucristo, por lo cual estamos apartados del mundo, para el servicio de Dios. Deberíamos vivir como es digno de una tan alta vocación: I Pedro 1: 13-16.

**“Y fieles”:** Aquí se refiere no sólo a los que tienen fe, sino a los que son leales a Cristo, constantes y perseverantes en su vida cristiana, a causa de su fe, una virtud que suele faltarnos a los latinos.

**“En Cristo Jesús”:** Significa unión vital e intimidad con Cristo. Así como un brazo está EN mi cuerpo: está unido vitalmente a mi cuerpo, del cual recibe su vida y actividad y trabaja para él, así cada uno de nosotros está EN Cristo. Quiere decir que toda la vida cristiana se vive “en Cristo”. La constancia y fidelidad de esos creyentes era el fruto de su relación con Cristo, es decir, no era por su constancia y fidelidad que estaban en Cristo, sino que por estar en Cristo eran constantes y fieles.

Estar en Cristo significa, entonces, que somos parte viviente de él y, por eso, de él recibimos el alimento, cuidado, fuerza, restauración, órdenes que cumplir, vida, etc. Existe una unión viva e indisoluble entre un creyente verdadero y Jesucristo. Una unión muerta sería la de una prótesis inerte adosada a un cuerpo humano. Así es la relación con Cristo de los cristianos nominales, que han aceptado un credo, una religión, una iglesia, pero no a Cristo mismo.

**“Que están en Éfeso”:** Aunque la carta haya sido dirigida a varias iglesias, indudablemente incluía en forma destacada a Éfeso.

Recordemos que Éfeso era el centro y foco de la idolatría, superstición, riqueza, lujuria y vicio de la provincia de Asia.

En un medio así surgió una pujante iglesia cristiana. Ahora, olvidada toda la demás grandeza de la ciudad, su nombre permanece en la memoria principalmente por esa iglesia y no por su grandeza terrenal. Así será siempre: todo el brillo mundano desaparece y se olvida, pero la memoria de los fieles permanece, como la de: Enoc, Noé, Rahab, Ruth, Pedro, Juan, Pablo, Lutero, Wesley, etc. ¿Por qué, entonces, apegarse tanto al mundo y afanarse tanto en sus cosas?

**Versículo 2 : “Gracia sea a vosotros y paz de Dios Padre nuestro y del Señor Jesucristo”.**

**“Gracia sea a vosotros”:** Gracia es el favor, la buena voluntad, inmerecida y gratuita, de Dios para su criatura humana. Es una expresión de su voluntad soberana.

Por esa gracia los efesios (y nosotros) hemos sido salvos: estábamos perdidos y Dios, simplemente porque así lo quiso, tuvo compasión y misericordia de nosotros por lo cual hizo todo lo necesario para salvarnos, de modo que se manifestaran simultáneamente su justicia y su amor perfectos.

Pero la gracia no se agota, no se hace innecesaria, con el perdón de nuestros pecados y nuestra salvación: toda la vida cristiana se vive por la gracia de Dios y aun en la eternidad permaneceremos en el cielo sólo por la gracia de Dios. Si en algún momento Dios nos retirara su gracia, no permaneceríamos ni un instante como hijos suyos y si eso ocurriera en el cielo, seríamos arrojados de allí de inmediato. De modo que todo: perdón, vida cristiana y bienaventuranza eterna dependen de la gracia de Dios y se sustentan exclusivamente sobre ella. Todo es de gracia. Sin la gracia de Dios no hay vida posible. Nuestra salvación se funda íntegra y absolutamente en la gracia de Dios y nada en nosotros, absolutamente. Por eso Pablo desea que los efesios puedan disfrutar de esa gracia, del favor inmerecido de Dios.

**“Y paz”:** Tranquilidad, sosiego, satisfacción o bienestar espiritual.

El hombre estaba en guerra o en malas relaciones con Dios. Pero intervino el Mediador, Jesucristo, quien, por su muerte en la cruz obtuvo, por decirlo así, un “tratado de paz” de Dios con su criatura, expresando así gracia, favor inmerecido hacia el hombre rebelde. Cuando uno reconoce y se arrepiente de su rebelión, cree que Jesucristo pagó su deuda y recibió el justo castigo por nosotros y acepta esa redención (que es lo que significa, en esencia, “creer” en Cristo) puede decirse que “firma” también ese “tratado” y queda en paz con Dios, donde esa “firma” es la fe. Así que por la gracia somos redimidos y reconciliados con Dios, por medio de la fe; por ella nos apropiamos de la redención obrada por Jesucristo y quedamos en paz con Dios.

Ahora todo eso nos capacita para experimentar “paz como un río”: una poderosa manifestación de Dios, que produce en nosotros una tranquilidad, un bienestar íntimo, interno, espiritual, asombroso. Pero esa paz, que es una de las bendiciones más maravillosas que Dios nos da por su gracia, aquí en la tierra, no es necesaria ni automática, no la gozamos sólo por el hecho de ser reconciliados. Si nos negamos a creer y a confiar que está a nuestra disposición, no disfrutaremos de ella o lo haremos muy limitadamente. Nuestra disposición para confiar requiere una enérgica acción de nuestra voluntad rendida al Señor; es decir, podemos impedir que la paz sea efectiva en nosotros con nuestra decisión, generalmente inconsciente, de NO CONFIAR, NO CREER, que el Espíritu Santo produzca en nuestro corazón esa paz que quiere darnos y que está a nuestra disposición por su gracia.

No hay que confundir esta paz con la capacidad natural de sobreponernos a la adversidad, que procura suprimir los problemas con fuerza de voluntad. En tal caso nuestra reacción ante la dificultad puede quedar férreamente encarcelada, pero entonces, por lo general, buscará alguna vía de escape: pesadilla, enfermedad mental, o tratará de olvidar, mediante vicios y emociones violentas. Pero nada de esto es verdadera solución, porque lleva a refugiarse en el fatalismo, la resignación y el pesimismo, a dejarse llevar sin luchar y puede conducir hasta a considerar la vida como una carga insostenible, de la cual se espera escapar lo más pronto posible.

Para disfrutar de esta paz que Pablo desea para los efesios es indispensable poner en acción toda nuestra voluntad para CREER Y CONFIAR en el Señor y en su Palabra. Lo anterior es la voluntad vuelta hacia, mirando a, nosotros mismos; lo segundo es la voluntad vuelta hacia, mirando a, Dios.

Se comprende entonces el ardiente deseo de Pablo para que a la bendición de la gracia de Dios se añada la de esta paz para sus amados efesios. Así también debemos desearla para nosotros y para los demás creyentes.

**“De Dios Padre nuestro y del Señor Jesucristo”**: La gracia y esta paz provienen del Padre y de Jesucristo, lo cual indica su igualdad. No se dice simplemente: “de Dios”, porque la relación de las dos personas con nosotros es diferente. La primera persona es Padre nuestro; la segunda es Señor. Hemos sido adoptados por Dios y, por eso, es nuestro Padre, tenemos con él una relación incomparablemente más tierna que la que puede existir entre padres e hijos terrenales: nos ama; podemos confiar en él; tener intimidad con él; acudir a él en toda dificultad, sabiendo que no nos volverá la espalda; hablarle con la completa seguridad de que nos oirá; esperar en él nuestro sustento material y espiritual; amarle; conocerle. Cristo es nuestro Señor: cabeza de la Iglesia; dueño nuestro, con derecho a mandarnos y a esperar nuestra obediencia. Por el nuevo nacimiento estamos unidos indisoluble y vitalmente con Cristo, somos parte de él. Como él es el Hijo, esto nos permite disfrutar plenamente de la paternidad de Dios y sólo los unidos así a Cristo tenemos derecho (concedido, no ganado, ni merecido) a la gracia de Dios y a “su” paz (Juan 14:27).

## II Enseñanza sobre la gracia de Dios. 1:3 a 3:21.

### 1. Acción de gracias: 1:3-14.

Pablo comienza casi siempre sus cartas con una acción de gracias.

En este caso, una vez anunciado el tema en el versículo 3, la convierte en un himno de alabanza que es una de las cumbres de la Biblia y digna puerta de entrada a un libro tan maravilloso como es la epístola a los efesios.

El tema es la gracia redentora de Dios manifestada a la iglesia de Cristo. El himno consta de tres estrofas: versículos 4 a 6, 7 a 12 y 13 a 14, marcadas por el estribillo: “para alabanza de la gloria de su gracia”, “para alabanza de su gloria”, “para alabanza de su gloria”. La primera se refiere al pasado, cuando el plan de redención era sólo un pensamiento silencioso en el corazón del Padre; la segunda se refiere al presente, a la redención obtenida al creer en Cristo; y la tercera, al futuro, lo que tendremos por obra del Espíritu Santo. En la primera lo dominante es Dios, el Padre; en la segunda, Dios, el Hijo; y en la tercera Dios, el Espíritu Santo. Le da unidad al himno la idea básica: “en Cristo”, “en él”, “delante de él”, “en el Amado”.

Este es el “Himno a la gracia”. Su exaltación lleva a Pablo a proferir el himno con un impulso irrefrenable, por lo cual lo dice de una sola vez; por decirlo así: sin respirar, sin puntos aparte. Es una sola oración desde el versículo 3 al 14.

**Versículo 3 : “Bendito el Dios y Padre del Señor nuestro Jesucristo, el cual nos bendijo con toda bendición espiritual en lugares celestiales en Cristo”.**

**“Bendito”**: Nada podemos añadir a la gloria de Dios, nada podemos darle, sin embargo, hay algunos que piensan que le hacen un favor a Dios haciendo algo en la iglesia o tomándole en cuenta. ¿Cómo podríamos darle algo cuando su Palabra dice: “He aquí que en sus siervos no confía y notó necedad en sus ángeles” (Job 4:18) y “He aquí que en sus santos no confía y ni los cielos son limpios delante de sus ojos” (Job 15:15)? Lo único que podemos hacer es bendecir, es decir alabar, a Dios con nuestros pensamientos y palabras y dejar que una gratitud inmensa hacia Dios se desborde en sentimientos intensos del corazón por la gracia y misericordia de Dios:

“Cuando las estrellas todas del alba alababan y se regocijaban todos los hijos de Dios” Job 38:7;

“Alabad a Jehová, porque es bueno,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 Alabad al Dios de los dioses,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 Alabad al Señor de los señores,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 Al solo que hace grandes maravillas,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 Al que hizo los cielos con entendimiento,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 Al que tendió la tierra sobre las aguas,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 Al que hizo las grandes luminarias,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 El sol para que dominase en el día,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 La luna y las estrellas, para que dominasen en la noche,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 Al que hirió a Egipto en sus primogénitos,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 Al que sacó a Israel de en medio de ellos,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 Con mano fuerte y brazo extendido,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 Al que dividió el Mar Bermejo en partes,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 E hizo pasar a Israel por medio de él,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 Y arrojó a faraón y a su ejército en el Mar Bermejo,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 El que pastoreó a su pueblo por el desierto,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 Al que hirió grandes reyes,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 Y mató reyes poderosos,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 A Sehón, rey amorreo,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 Y a Og, rey de Basán,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 Y dio la tierra de ellos en heredad,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 En heredad a Israel su siervo,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 Él es el que en nuestro abatimiento se acordó de nosotros,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 Y nos rescató de nuestros enemigos,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 Él da mantenimiento a toda carne,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA.  
 Alabad al Dios de los cielos,  
 PORQUE PARA SIEMPRE ES SU MISERICORDIA”

Esos pensamientos, palabras y emociones deben expresarse en obras de misericordia y generosidad, hechas con espíritu de gratitud a Dios (él ha sido tan bueno conmigo ¿cómo no haré algo por esta persona que sufre?).

**“Nos bendijo”**: Dios nos bendice con hechos de amor y gracia.

**“Dios y Padre del Señor nuestro Jesucristo”**: Era Hijo en sentido tan exclusivo que “Hijo de Dios” equivale a decir Dios mismo:

“... a su Padre llamaba Dios, haciéndose igual a Dios”  
(Juan 5:18).

Pero como hombre verdadero, que también era, reconocía al Padre como su Dios y a él oraba. Cristo era Dios y hombre.

**“Con toda bendición espiritual en lugares celestiales en Cristo”**: Se refiere a la naturaleza, a la esfera en que se disfrutan y a la condición bajo la cual se reciben las bendiciones que alaba:

1. Son espirituales por naturaleza, no bienes materiales, físicos, terrenales, sino la adopción como hijos de Dios, el perdón de los pecados, el sello del Espíritu Santo y la seguridad de gloria eterna, que se presentan más adelante. Son muy diferentes de las que se destacan en el Antiguo Testamento:

“Bendito serás tú en la ciudad y bendito tú en el campo.  
Bendito el fruto de tu vientre y el fruto de tu bestia, la cría  
de tus vacas y los rebaños de tus ovejas. Bendito tu  
canastillo y tus sobras” (Deuteronomio 28: 3-5).

Pablo tenía pocas de estas últimas bendiciones: sin hijos, sin propiedades, sin hogar, pero tenía abundancia de las otras, de las bendiciones espirituales: era pobre, pero estaba legando riquezas sin medida a todas las futuras generaciones; desde la obscuridad de su prisión estaba arrojando una luz que guiaría y alegraría el camino de incontables multitudes. A eso deberíamos aspirar nosotros y eso deberíamos ver, en lugar de las dificultades, sufrimientos, incomprendimientos, circunstancias externas negativas, con lo cual podemos gozarnos tanto como Pablo con sus bendiciones espirituales.

Estas bendiciones son espirituales porque tienen un fin espiritual y eterno, no material y pasajero. Están destinadas a nutrir, sostener y desarrollar nuestra vida espiritual. Además lo son porque proceden del Espíritu Santo, quien es el Espíritu vivificador – que da vida – y por él vivimos; mora en nosotros y por eso tenemos salvación, bendición y vida eterna.

2. “En lugares celestiales”. El cielo es la esfera en la cual se disfrutan. Los chilenos disfrutamos los privilegios de serlo en Chile, no en otro país, es decir, Chile es la esfera en que los chilenos disfrutan el privilegio de ser chilenos. Así el cielo es la esfera donde el cristiano verdadero disfruta los privilegios de ser cristiano.

Estas bendiciones provienen del cielo, pero disfrutamos de ellas porque nos colocan desde ya allí:

“Mas nuestra vivienda es en los cielos, de donde también  
esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo”  
(Filipenses 3: 20),

es decir, estamos ya en el cielo, porque pertenecemos a él. Aunque extranjeros en este mundo, el cielo está en nuestros corazones:

“Porque muertos sois y vuestra vida está escondida con  
Cristo en Dios” (Colosenses 3: 3).

Además, como somos partes integrantes de Cristo, el cuerpo está en la tierra, pero nuestra Cabeza, en el cielo. Estamos con tanta seguridad en los cielos, por medio de Cristo, como si estuviéramos literalmente gozando de los beneficios de ese glorioso lugar.

¡Con qué complacencia y orgullo el ciudadano o súbdito de una poderosa nación da a conocer su nacionalidad! ¡Qué sentimiento de seguridad le proporciona! ¡Con mayor razón nosotros debemos apreciar nuestra ciudadanía celestial!, pero sin orgullo, sino con sencillez y humildad.

3. **“En Cristo”**. Esta es la condición para poder disfrutar de las bendiciones espirituales: hay que pertenecer a Cristo, ser una sola cosa con él. Fuera de él no hay cielo, ni bendición espiritual. Nuestro destino eterno depende completamente de nuestra relación con Cristo. Los que estamos en Cristo estamos seguros para siempre; los que están fuera de él, no tienen esperanza alguna, mientras permanezcan en esa condición. Más adelante, Pablo dirá cómo se puede estar en Cristo.

Este es el tema del himno: las bendiciones que poseen todos los que pertenecen a Cristo.

Los versículos 4 a 6a contiene la Primera Estrofa: se vuelve al pasado: vincula estas bendiciones con un propósito eterno.

**Versículo 4 : “Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor”.**

**“Según”**: tenemos todas las bendiciones espirituales porque fuimos elegidos.

**“Nos escogió en él antes de la fundación del mundo”**: Este es el Génesis de Pablo: “En el principio fue la elección de gracia”.

En los tratos de Dios con la humanidad nada ocurrió por accidente; todo estaba preparado y previsto por Dios. Su conocimiento y sabiduría son tan amplios como su gracia:

“¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensible son sus juicios e inescrutables sus caminos! (Romanos 11: 33).

Pablo dijo, refiriéndose a sí mismo:

“Mas cuando plugo a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí...” (Gálatas 1: 15-16).

Esto vale para cada cristiano.

Lo que aquí afirma es que el conjunto de todos los redimidos fue elegido en Cristo antes de la creación, lo cual lleva la elección no sólo al comienzo de la vida de cada individuo, sino de toda la raza y más lejos aún, hasta antes que existiese todo lo creado. ¿Podemos imaginar un privilegio mayor? En realidad tanto privilegio debería arrojarnos sobre nuestras rodillas en reverente adoración y hacernos vivir en consonancia, sin el menor orgullo, en profunda humildad, por nuestra absoluta falta de mérito personal ante tanta bondad de Dios con nosotros.

**“Nos escogió”**: de entre todos los hombres.

“Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo, mas porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso os aborrece el mundo” (Juan 15: 19).

Fue un acto de la mente divina ¡MARAVILLOSA GRACIA!

La elección es una decisión de Dios por la cual nos selecciona de entre todos los hombres, con cierto propósito.

**“En él”**: su voluntad no fue elegirnos arbitrariamente, sino mediante la obra de Cristo. La expresión se refiere al hecho de que todo lo que existe lo hizo Cristo y todo fue hecho para él y a que él es nuestra Cabeza y representante y, además, nuestro Redentor desde siempre, en potencia (aun antes de que todo existiera):

“El cual es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura. Porque por él fueron criadas todas las cosas

que están en los cielos y que están en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades, todo fue criado por él y para él. Y él es antes de todas las cosas y por él todas las cosas subsisten y él es la cabeza del cuerpo, que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de los muertos, para que en todo tenga el primado” (Colosenses 1: 15-18);

“Y todos los que moran en la tierra le adoraron, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero, el cual fue muerto desde el principio del mundo” (Apocalipsis 13: 8).

“Antes de la fundación del mundo”: como fuimos elegidos antes de que existiera el tiempo, o sea desde la eternidad, que es lo que significa: “antes de la fundación del mundo” y, por lo tanto, antes de que pudiéramos ser o comportarnos de una u otra manera, la elección no ha sido determinada por ninguna virtud o bondad o característica de los objetos de esa elección.

Además esto muestra que todo lo que Dios ha hecho en el tiempo, lo ha hecho según un plan concebido antes de que las cosas existieran, lo que excluye la improvisación, el accidente o el azar (o casualidad), como también el fracaso o cambio de propósito.

Por eso nuestra seguridad es tan completa. Si no fuera así, un cambio de plan de Dios o un fracaso nuestro, debidos a dificultades imprevistas, podría llevarnos a la condenación eterna. Como no es así, podemos descansar en la promesa de nuestro Dios como en una roca inamovible y tener una seguridad y un consuelo completos.

**“Para que fuésemos santos”**: la elección tuvo dos propósitos. Este es el primero: Dios nos eligió para que fuéramos apartados para su servicio. Este era un propósito necesario, porque “sin santidad nadie verá a Dios”.

Nos eligió para que estuviéramos con él para siempre, para que gozáramos de su gloria. Para eso, tenía que hacernos santos. Nótese que la elección es la causa; la santidad, su efecto y no al revés, como creen todos los que esperan salvarse por sus propias obras.

**“Sin mancha delante de él”**: Este es el otro propósito de la elección: que seamos perfectos, como se tipificaba en los animales de los sacrificios levíticos. Esta perfección se refiere a ser iguales a Cristo en su humanidad. En nuestra condición actual esa santidad y perfección son extremadamente relativas. En gran medida la esperanza cristiana consiste en que, cuando estemos con el Señor, lo que ahora es sólo un ideal y una meta por alcanzar, se convertirá en una realidad presente, actual, no futura.

Entonces habremos alcanzado la “medida de la edad de la plenitud de Cristo”, siempre en cuanto humano:

“Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo” (Efesios 4: 13).

Por otra parte, nuestra santidad y semejanza con Cristo deben hacernos notoriamente superiores a los no elegidos y por eso, una de las actividades continuas del diablo es conseguir que tanto en nuestra vida personal como congregacional esto no se cumpla. Debemos pedir la gracia de Dios y esforzarnos, con plena dependencia de esa gracia, por llegar lo más cerca posible del ideal para el cual Dios nos eligió.

**“En amor”**: Algo hubo en Dios por lo cual nos eligió: amor (simpatizó con nosotros y quiso nuestro bien ¡qué sublime amor!) y ese amor suyo debiera engendrar en nosotros ese

sentimiento recíproco de simpatía con Dios y, como no podemos hacerle ningún bien, de intensa gratitud por habernos elegido sin merecerlo.

Así como el amor de Dios no fue una simple expresión de buenos deseos, así también nuestro amor a Dios no debe ser una pura declaración verbal, sino que debe manifestarse prácticamente en nuestra vida diaria, en nuestra conducta pública y secreta. Sería muy provechoso para el lector reflexionar y hacer una lista escrita de diversos modos como puede expresar concretamente su amor a Dios.

**Versículo 5 : “Habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos por Jesucristo a sí mismo, según el puro afecto de su voluntad”.**

**“Habiéndonos predestinado”.** “Predestinar” es dar o determinar un destino anticipadamente. De modo que Dios fijó un destino para sus elegidos antes de que existieran, por lo cual ese destino no depende de lo que son o hacen los elegidos. Como en Dios no hay distinción de tiempo no tiene importancia discutir qué fue primero, si la elección o la predestinación. Es mejor pensar simplemente que nos eligió **Y** nos predestinó.

En este pasaje, Pablo discute el asunto desde el punto de vista divino y desde ese punto de vista existen la elección y la predestinación. En numerosos otros lugares de la Escritura se enfoca el punto de vista humano, desde el cual existe la libertad y responsabilidad humanos. Cómo se armonizan ambos hechos es un misterio que está más allá de nuestra comprensión, probablemente a causa de que no podemos comprender lo que está fuera del tiempo y de su evidente relatividad.

En todo caso, Pablo no intenta aquí, ni en ninguna parte, dar una respuesta filosófica, ni menos científica, al problema, ni es eso lo que está discutiendo. Su objeto es exponer los hechos con un fin práctico: como es tan inmensa la gracia divina con nosotros, esto debe movernos a buscar la santidad y producir en nosotros alabanza, amor, gratitud y adoración inmensos a nuestro Dios. Respecto al problema mismo, nos exhorta a: reconocer que es expresión de la voluntad soberana de Dios: “habiéndonos predestinado... según el puro afecto de su voluntad” (versículo 5), como también lo dijo nuestro Señor en Mateo 11: 26: “Así, Padre, pues que así agradó en tus ojos”; que siempre confiemos en que redundará para su gloria y para el bien de sus criaturas; que lo aceptemos con humildad:

“Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que le labró: Por qué me has hecho tal? ¿O no tiene potestad al alfarero para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para vergüenza?”  
(Romanos 9: 20-21);

e, indirectamente, que tengamos paciencia:

“Ahora vemos por espejo, en obscuridad, mas entonces veremos cara a cara; ahora conozco en parte, mas entonces conoceré como soy conocido” (I Corintios 13:12).

Lo práctico es esto:

1º Que el conocimiento de la elección y predestinación nos muevan a la alabanza:

“¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensible son sus juicios e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién le dio a él primero, para que le sea pagado? Porque de él y por él y en él son todas las cosas. A él sea gloria por siglos. Amén”  
Romanos 11: 33-36;

a glorificar a Dios; a tener gratitud profunda hacia él; y

2º Que nuestro deber es crecer en, y a, Cristo y obedecerle, aunque no entendamos la relación entre soberanía y libertad. No comprender esa relación no será jamás una excusa válida de la incredulidad, así como el hecho de que no entendamos cómo funciona un artefacto electrónico no es razón para no usarlo.

**“Para ser adoptados hijos”**. Este es el propósito de la predestinación. “Adopción” es un término típico de Pablo (Romanos 8: 15; Gálatas 4: 5), tomado de la legislación romana, que era igual a la nuestra, ya que entre los judíos no existía la adopción.

Por la adopción una persona ingresaba a una familia con todos los privilegios y deberes de un hijo verdadero, adoptaba el nombre, participaba de los ritos religiosos y era heredero en igualdad de condiciones con los otros hijos y esto no quedaba a la voluntad del testador. Era la traducción a la mentalidad gentil de la metáfora física del “nuevo nacimiento” (como la metamorfosis de un gusano en mariposa), usada por Jesucristo. Aquí es una metáfora legal: Había nacido de nuevo en otra familia. El convertido gentil podía comprender de un modo muy vívido, por medio de esta figura, la paternidad de Dios, la hermandad de los fieles, el olvido de la pena del pecado y el derecho a ser heredero de los bienes celestiales:

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es, las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas” (II Corintios 5: 17) (Findlay).

Esta es la posición del cristiano delante de Dios. Implica privilegios exclusivos de acceso, comunión y derechos de herencia. Es un grandísimo privilegio que debería tener un gran efecto en nuestra vida práctica: “Un cristiano tenía una hermosa y buena esposa y una niña encantadora de tres años. Todo le sonreía en la vida. Entonces vino la tragedia. Su esposa murió en un accidente. Toda la alegría que había tenido pareció desvanecerse y se sumió en el dolor. La noche después del funeral estaba arreglando a su hijita para acostarla cuando se produjo una falla eléctrica que dejó toda la casa a oscuras. Tenía que ir al subterráneo para ver qué había ocurrido, así que le dijo a su hijita: “Voy a volver ligerito, hijita, quédate tranquila en la cama y espérame”. Pero la niñita tenía miedo de quedarse sola, por lo cual le rogó al papá que la llevara consigo. La tomó en brazos y se fue a tuestas por el pasillo y bajó la escalera. Al principio la pequeña se apretó contra él en silencio, pero al entrar al subterráneo se apretó más fuerte y dijo: “¡Qué oscuro! ¡Pero no tengo miedo porque tú estás aquí, papá!”. Brotaron las lágrimas de los ojos del padre. Hundió su cara en los cabellos de la niña y le dijo: “Sí, hijita”. ¡ESTÁ oscuro! ¡Pero no tengo miedo, porque mi Padre está también conmigo!” Así halló luz en la hora más oscura de su vida”. (H.G.B. Pan Diario. 14/07/84). Esto es lo que significa Gálatas 4: 4-6:

“Mas venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, hecho de mujer, hecho súbdito a la ley, para que redimiese a los que estaban debajo de la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos y por cuanto sois hijos, Dios envió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones, el cual clama: Abba, Padre”.

Esta adopción será consumada o hecha actual y perfecta, cuando Cristo nos arrebathe de esta tierra:

“Y no sólo ellas, mas también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, es a saber la redención de nuestro cuerpo”

(Romanos 8: 23).

**“Por Jesucristo”**. La adopción como hijos sólo es posible por medio de Jesucristo. No hay otra manera posible. Por eso es falso el concepto modernista o liberal de la paternidad universal de Dios y de la hermandad universal de todos los seres humanos, que resulta de esa pretendida paternidad. Somos adoptados como hijos sólo los que, habiendo estado expuestos por nuestro pecado a la justa ira de Dios, como todos los seres humanos, hemos creído que Cristo nos reconcilió por su muerte en la cruz. Esta fe nos es contada por justicia:

“Bienaventurado el varón al cual el Señor no imputó pecado... Tampoco en la promesa de Dios dudó con desconfianza, antes fue esforzado en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que todo lo que había prometido, era también poderoso para hacerlo. Por lo cual también le fue atribuido a justicia. Y no solamente por él fue escrito que le haya sido imputado, sino también por nosotros, a quienes será imputado, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestros delitos y resucitado para nuestra justificación”

(Romanos 4: 8, 20 a 25).

Esta justificación no tendría sentido y sería imposible, si Cristo no hubiera expiado nuestros pecados por su sacrificio en la cruz.

“**A sí mismo**”, es decir “para él”, “para Dios”. La intención de Dios al predestinarnos para ser adoptados hijos fue establecer una relación de padre a hijo con cada redimido, para que tuviéramos intimidad verdadera y perfecta con él, intimidad que no es perfectamente posible ni aun en las familias mejor constituidas y llenas de amor: siempre existe alguna reserva, timidez o temor tanto en los padres como en los hijos. Esa intimidad con Dios produce vida, bendición y gozo y debe ir creciendo, y casi seguramente continuará creciendo aun en el cielo, y con ella los bienes que la acompañan.

Notemos cuán gran privilegio es esto. ¿No lo es el del hijo de un gran gobernante que tiene acceso directo e irrestricto al gabinete de trabajo o a la sala de audiencia de su padre? Nosotros lo tenemos al “salón del trono” del Rey de reyes y Señor de señores, al supremo soberano de todo lo creado. Estamos tan acostumbrados a este privilegio que solemos no valorarlo. Así nos ocurre, por ejemplo, con el aire que respiramos tan libremente y desaprensivamente, en contraste con un asmático, que con gran gozo y gratitud dijo: ¡Gracias a Dios, hoy he podido respirar libremente durante quince minutos!

“**Según el puro afecto de su voluntad**”. Ninguna criatura puede ejercer su voluntad en forma perfectamente libre; múltiples circunstancias, entre ellas el ejercicio de la voluntad de las otras criaturas, la limitan notablemente. Sólo Dios ejerce su voluntad con libertad absoluta y es en el ejercicio libre de su voluntad que quiso elegirnos, predestinarnos, hacernos santos y perfectos y adoptarnos como hijos.

**Versículo 6ª : “Para alabanza de la gloria de su gracia”.**

“**Alabar**”, es decir, expresar, dar testimonio, elogiar, celebrar lo bueno que tiene una persona o cosa. “Gloria” es magnificencia, excelencia, la cualidad por la cual algo es sublime, es decir, tan bueno, grande, bello, que produce admiración y respeto. “Gracia” es favor inmerecido, como sabemos.

La frase significa entonces: para que se dé testimonio, se diga, se exprese cuán admirable y maravilloso, o cuán bueno y grande, es el favor inmerecido de Dios por nosotros. Lo es, porque siendo él tan grande, perfecto y sin necesidad alguna de nosotros, quiso tener buena voluntad hacia nosotros, que somos tan pecadores, insignificantes y sin derecho alguno, por lo cual nos salvó sin ninguna obligación de su parte y sin mérito alguno nuestro. Como Dios no necesita esta alabanza, aunque es evidente que la desea, puesto que nos eligió y predestinó para que fuéramos un testimonio público en esta vida y en la futura de la grandeza de su misericordia con nosotros, hay que entender que el alabarle así es un beneficio para el que lo hace y para las demás criaturas. El Señor nos dice:

“Sed agradecidos” (Colosenses 3: 15).

Hay que considerar que una grandeza oculta o desconocida no deja de serlo por esa circunstancia, pero beneficia poco o nada a los demás.

Los versículos 6b a 12a contienen la segunda estrofa: La gracia de Dios, a la cual se refiere la primera, fue un pensamiento, un plan, un propósito y una decisión de la mente de Dios en lo que, para nosotros, sería el pasado. La segunda se refiere a la manifestación de esa gracia en la realidad presente de la vida de los elegidos mediante Cristo y su obra redentora.

**Versículo 6b : “Con la cual nos hizo aceptos en el Amado”.**

**“Con la cual nos hizo aceptos”.** “Con la cual” se refiere a la gracia: “con la cual gracia”. “Nos hizo aceptos” es, según el original: “nos hizo objeto de su gracia”, “nos dio su gracia”. Podría traducirse: “nos agració”. Este verbo sólo se encuentra, además, en Lucas 1: 28.

El énfasis, de acuerdo a todo el contexto, es que todo el favor provino de Dios, que él nos lo dio por su pura buena voluntad, sin encontrar nada en nosotros que le impulsara a dárnosla.

En relación con esto existe una sutil doctrina falsa, basada en esta traducción errónea. Según ella, la gracia de Dios habría infundido en nosotros el amor y las buenas obras que nos harían aceptables ante Dios. Es un modo sutil y desesperado del orgullo humano de deshacerse de algún modo de la enseñanza esencial del evangelio en cuanto a que somos salvos exclusivamente por la gracia de Dios, mediante la obra de Cristo, sin mérito alguno, ni nada amable EN nosotros. Esa falsa doctrina deja a salvo aunque sea un despojo de la “dignidad” y el orgullo del hombre, porque según ella se salva por méritos dados por Dios, pero al menos, por algo bueno que se encuentra en él mismo.

La doctrina bíblica, en cambio, proclama la completa depravación espiritual de la naturaleza humana, por causa de la caída, y la imposibilidad de mejorarla o hacerla aceptable, por lo cual no le deja ningún refugio al orgullo y exige una humillación completa: Dios lo hizo todo; yo, nada.

**“En el Amado”.** No sólo “Hijo amado”, sino “el Amado”, el amado por excelencia, el más amado, con un amor que no se puede comparar con otro amor alguno. No es sólo el amado del Padre, sino de todo lo creado, salvo lo que está contaminado por el pecado. No amarle es ser objeto destinado a la destrucción, anatema:

“El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema”

(I Corintios 16: 22).

Nada agrada más a Dios y nos une más en compañerismo con él que amar a Jesucristo. Ese amor tiene que expresarse prácticamente en adoración, obediencia, lealtad, servicio y amor fraternal y para con todos.

El hecho de que Jesucristo es “el Amado” de Dios es la fuente de su amor y gracia para con los hombres, es decir, es nuestra relación con Cristo lo que nos asegura esa gracia. Esta relación con Cristo es directa, personal, no por mediadores de cualquier clase; es una relación de persona a persona y se obtiene por la fe: reconozco que soy profundamente pecador, es decir, pecador de nacimiento; me duele haber ofendido tan sin razón a quien más me ama y anhelo no pecar más; pero como no puedo, levanto mis ojos a Cristo y creo en que él se hizo cargo de mis pecados, voluntariamente y por el amor más absolutamente desinteresado y recibió sobre sí en la cruz el justo castigo que yo merecía y, por lo tanto, abro mi corazón al Señor y le recibo como mi Salvador personal, acepto que él haya pagado por mí. Entonces él perdona mis pecados y viene a vivir, real, aunque espiritualmente, en mí. De este modo tengo esa relación personal con él.

**Versículo 7 : “En el cual tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados por las riquezas de su gracia”.**

**“En el cual tenemos redención”.** Esta es la primera y principal manifestación de la gracia de Dios. La redención no está en nosotros, sino en Cristo, es decir: no hay nada EN NOSOTROS MISMOS que pueda redimirnos. La redención viene de fuera de nosotros, de Cristo.

La manera cómo somos redimidos es un golpe mortal al orgullo y egocentrismo humanos y, filosóficamente, al humanismo.

**“Redimir”.** Literalmente, “comprar de nuevo”. Cuando una persona empeña un objeto pierde el dominio sobre él. Si paga el precio fijado, a tiempo, recupera el dominio sobre el objeto: éste ha sido “redimido” o “rescatado”, mediante cierto pago, como si lo hubiera comprado de nuevo. En tiempos pasados un esclavo podía reunir de alguna manera el dinero necesario para pagar el precio que se había puesto a su persona y de este modo pagar su propio precio y recuperar su libertad. Se convertía en un liberto, es decir, se había redimido. También alguien de buena voluntad podía pagar el rescate y redimirlo. Cuando alguien es raptado para cobrar rescate y éste es pagado y la persona liberada, se puede decir que ha sido redimida.

Todo esto está incluido en la expresión figurada de redimir. Como es expresión figurada no hay que pensar que existe un paralelo exacto entre nuestra redención y esos ejemplos: Dios no nos ha “vendido” a nadie, aunque nosotros mismos, al pecar, hemos permitido que el diablo nos domine aun contra nuestra voluntad, por lo cual se dice que nos hemos vendido a la sujeción o esclavitud del pecado; el precio de nuestra redención no se le ha pagado a nadie, porque Dios no podría “cobrar” para perdonarnos y menos la clase de precio que se pagó; aun más inconcebible es que tal precio hubiera podido ser pagado al diablo. Esta situación es similar a lo que, por ejemplo, ocurre con la expresión figurada: “Los padres de la Patria dieron su vida por obtener nuestra libertad, es decir, para redimirnos”, donde evidentemente, nadie exigió ese precio por nuestra libertad, ni tal precio fue pagado a nadie.

La idea, entonces, es que para obtener cierta libertad ha habido que hacer un sacrificio, sufrir molestias y sinsabores y a ese sacrificio se le llama el “precio” que se pagó por dicha libertad.

Nuestra redención incluye dos ideas:

1º Que por causa del pecado habíamos dejado de pertenecer a Dios, a quien habíamos pertenecido originalmente, para convertirnos en hijos del diablo, pero al ser redimidos por Cristo, volvimos a pertenecer a Dios, como sus hijos adoptivos “comprados” de nuevo; y

2º Que por la redención fuimos librados del poder del diablo, del pecado y de la sentencia de muerte pronunciada por la ley de Dios:

“Si bien todos nosotros somos como suciedad y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia y caímos todos nosotros como la hoja y nuestras maldades nos llevaron como viento” (Isaías 64: 6);

“Porque la paga del pecado es muerte” (Romanos 6: 23a).

**“Por su sangre”.** Este es el precio por el cual, habiendo sido antes hijos de Dios, pero habiendo llegado a ser hijos del diablo, volvemos a ser hijos de Dios. Por este precio Dios nos “compró” de nuevo, por lo cual somos dos veces suyos, por derecho de creación y por derecho de redención.

Un niño construyó un barquito con mucha habilidad. Cuando lo terminó, fue a jugar con él en un canal que pasaba frente a su casa. Pero, desafortunadamente, se le soltó de la mano y fue arrastrado tan rápidamente por la corriente que no pudo alcanzarlo, por más que corrió. Quedó desolado. Algunos días después, al pasar frente a un negocio, vio su barquito en venta en la vitrina. Entró y suplicó que se lo devolvieran, pero le dijeron que sólo podía tenerlo pagando su precio. Corrió tan rápido como pudo donde su padre y le rogó que le diera el dinero. Su padre se lo dio de buena gana y el niño se apresuró en llegar al negocio. Pagó el precio y recibió, radiante, de vuelta su apreciado juguete. Volvió a correr donde su padre, con el buquecito muy apretado contra

su pecho. ¡Papá! ¡Aquí lo tengo! ¡Este buque es dos veces mío: era mío porque yo lo hice y ahora es mío porque lo compré!

Es por la sangre derramada de Cristo que fuimos librados de la esclavitud del diablo, del pecado y del castigo inflexible de la Ley.

La sangre derramada de Cristo significa que dio su vida como sacrificio expiatorio. “Sacrificio”, en este caso, significa: “muerte con derramamiento de sangre”; “expiación” significa: “sufrir la pena impuesta, para borrar la culpa”, o sea: Cristo murió, con derramamiento de sangre, para sufrir la pena que nosotros merecíamos y borrar así nuestra culpa. Por esto, no se puede cambiar la expresión “por su sangre” por “por su muerte”, simplemente, como se hace en varias versiones modernas de la Biblia. Jesucristo enseñó esto mismo en I Corintios 11: 25:

“Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, haced esto todas las veces que bebiereis, en memoria de mí”

y en Mateo 26: 28:

“Porque esto es mi sangre del nuevo pacto, la cual es derramada por muchos, para remisión de los pecados”,

por lo cual no se trata de un agregado propio que Pablo haya hecho a la enseñanza del Señor. El derramamiento de sangre es parte esencial e inseparable de la redención obrada por Cristo.

No hay otro modo como podíamos ser librados o comprados: ni buenas obras ni religión, ni oraciones, ni sentimientos, ni “experiencias”, como sueños, visiones, profecías sanidades o milagros, ni ningún poder en nosotros o en el cielo o en la tierra, sino sólo la sangre de Cristo. Ella, y sólo ella, nos libra de la ruina eterna, si creemos.

“**La remisión de pecados por las riquezas de su gracia**”. La razón por qué el perdón o remisión de los pecados ocupa el primer lugar entre las bendiciones de la gracia de Dios es que Dios aborrece el pecado más de lo que podemos decir o imaginar, debido a su santidad perfecta y también a su bondad. El pecado es indeciblemente ofensivo para él, así como los que lo cometen. Su rectitud y lo intenso de su ira santa y justa contra el pecado engrandecen su misericordia, por la cual está dispuesto a perdonar. Si no se aprecia debidamente esa ira justa de Dios, tampoco puede apreciarse debidamente su bondad; disminuir los requerimientos de su justicia es disminuir el valor de su gracia. Es esa inflexible y perfecta justicia de Dios lo que explica la necesidad del derramamiento de la sangre Cristo como “precio” de nuestra redención, como único modo de que nuestros pecados sean perdonados. Estas son “las riquezas de su gracia”: su gracia se hace indescriptiblemente grande debido a la inmensidad de nuestros pecados y a lo repulsivos que son para Dios.

**Versículo 8 : “Que sobreabundó en nosotros en toda sabiduría e inteligencia”.**

“**Que**”: se refiere a la gracia: “la gracia sobreabundó en nosotros”. Esa gracia nos dio primero el perdón de los pecados y, enseguida, “toda sabiduría e inteligencia”.

“Porque mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles; antes lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar lo fuerte y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió y lo que no es, para deshacer lo que es, para que ninguna carne se jacte en su presencia”

(I Corintios 1: 26-29)

nos informa que no se trata de la sabiduría e inteligencia naturales. Es verdad que el evangelio es tan sencillo como para ser entendido y aceptado por un niño, por un iletrado o por un primitivo, por lo cual sólo podemos alabar a Dios, como lo hizo nuestro Señor:

“En aquel tiempo respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra que hayas escondido estas cosas de los sabios y de los entendidos y las hayas

revelado a los niños. Así, Padre, pues que así agradó a tus ojos” (Mateo 11: 25 y 26).

De este modo el evangelio está al alcance de todo el mundo.

Pero también es verdad I Corintios 1: 30:

“Mas de él sois vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría y justificación y santificación y redención”

y Efesios 3: 19:

“Y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios”.

Esto fue clarísimo en la Iglesia Primitiva, compuesta por esclavos, trabajadores manuales y mujeres pobres, en general. Sin embargo podían entender cartas como ésta y también el resto de la Biblia. Durante una campaña electoral, hace muchos años, un profesor, colega mío, me dijo que no podía entender cómo una empleada doméstica evangélica que trabajaba en su casa podía querer votar por un candidato ateo militante y que era una amenaza cierta para toda fe. Yo había radiodifundido unos mensajes bíblicos destinados a orientar a muchos evangélicos ingenuos en cuanto a este asunto. Le dije a mi colega que le llevara un ejemplar a su empleada. Al otro día me dijo este profesor que lo que había escrito era muy difícil y que la empleada no lo entendería. Le insistí que se lo pasara y lo hizo. Algunos días después me dijo que no podía comprender el cambio operado en su empleada, quien demostraba haber entendido el mensaje a la perfección, por los comentarios que les hacía.

Así lo hemos experimentado con personas ancianas o con muy poca preparación secular. Pocas veces he recibido una bendición mayor y experimentado asombro mayor que en cierta ocasión cuando escuché predicar a un pastor de Los Lagos, que poseía un dominio excepcional de las Sagradas Escrituras. Sin embargo, después supimos que había estudiado sólo dos años en la escuela. Mi propio abuelo, quien llegó a ser un destacado pastor y profesor de teología, solo tuvo una formación escolar de cuatro años.

La regeneración produce un gran estímulo del pensamiento, por obra del Espíritu Santo. Los dirigentes de la Iglesia Primitiva fueron los pensadores más profundos de su época, aunque el mundo no les entendía, igual como sucede ahora:

“Lo cual también hablamos, no con doctas palabras de humana sabiduría, mas con doctrina del Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Mas el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura y no las puede entender, porque se han de examinar espiritualmente” (I Corintios 2: 13-14).

“Sabiduría e inteligencia” se refiere a “penetración espiritual, inteligencia práctica y comprensión de la naturaleza de Dios”, lo que implica capacidad para entender lo espiritual y para darse cuenta y para distinguir entre lo verdadero y lo falso, entre lo bueno y lo malo; capacidad para aplicar esa comprensión a la vida propia en cada situación que se presente; conocimiento de la manera de pensar, de actuar y de ser y del carácter de Dios. Estos dones de la gracia de Dios son indispensables para que no se desperdicien los otros dones.

Nuestra salvaguardia de la vana sabiduría del mundo, por ejemplo, de la evolución, del humanismo, del marxismo, no reside en la ignorancia, sino en la sabiduría que brota de un corazón regenerado, una sabiduría del corazón, una sabiduría profunda. Cuando la gracia que nos redime por la sangre de Cristo añade la bendición consecuente de “toda sabiduría e inteligencia”, las falsas doctrinas y las especulaciones de la falsa ciencia y filosofía golpearán en vano. Una iglesia así establecida estará segura. Pablo pensaba en esto debido a que ya habían aparecido falsas enseñanzas en las iglesias:

“Y esto digo, para que nadie os engañe con palabras persuasivas. Porque, aunque estoy ausente con el cuerpo,

no obstante con el espíritu estoy con vosotros, gozándome y mirando vuestro concierto y la firmeza de vuestra fe en Cristo. Por tanto de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él, arraigados y sobreedificados en él y confirmados en la fe, así como habéis aprendido, creciendo en ella con hacimiento de gracias. Mirad que ninguno os engañe por filosofías y vanas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los elementos del mundo y no según Cristo” (Colosenses 2: 4-8).

**Versículo 9 : “Descubriéndonos el misterio de su voluntad, según su beneplácito que se había propuesto en sí mismo”.**

**“Descubriéndonos el misterio de su voluntad”.** Esta segunda bendición de la gracia de Dios, la sabiduría y la inteligencia, permite que se nos dé a conocer “el misterio de la voluntad de Dios”, de modo que el más sencillo hijo de Dios, redimido por la sangre de Cristo, es capaz de comprender y conocer lo relacionado con la voluntad de Dios de una manera como no podrían los mil filósofos más inteligentes, si no son regenerados.

**“Misterio”** se refiere a aquello a que en las antiguas y modernas sectas secretas sólo se da a conocer a los que han demostrado su voluntad de pertenecer y permanecer en ellas. En sentido bíblico, se refiere a verdades que durante un tiempo no fueron reveladas por Dios, pero que después han sido dadas a conocer. En este caso, Dios nos da a conocer su voluntad, no un sistema de verdades de la naturaleza o del pensamiento, por haber sido regenerados.

Una vez más es un privilegio tan grande que no se puede medir el hecho de que podamos conocer su voluntad. Podemos formarnos una cierta idea de lo grande de este privilegio, si pensamos en la condición de uno que tiene una relación íntima con un grande de este mundo, por lo cual conoce cuál es su voluntad y también cómo tantos se han beneficiado de un conocimiento así para obtener un enriquecimiento ilícito.

En el siguiente versículo se dirá cuál es la decisión específica de la voluntad de Dios que ha sido revelada a los redimidos, aunque el hecho de conocerla es general.

**“Según su beneplácito”.** Esa voluntad específica de Dios nos ha sido dada a conocer porque a Dios le ha parecido bien hacerlo, o sea porque él ha querido darla a conocer, por su soberanía.

**“Que se había propuesto en sí mismo”.** Como todas las decisiones de Dios, ésta es el resultado de su voluntad soberana, no condicionada por nada exterior a él mismo. La voluntad humana, en cambio, nunca es completamente independiente. Un padre, por ejemplo, puede hacer un regalo a un hijo por ser el mejor alumno de su curso. Lo hace voluntariamente, porque quiere hacerlo, pero es motivado por algo que no está en él, sino en su hijo, por lo cual es una voluntad condicionada.

**Versículo 10 : “De reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en el cielo, como las que están en la tierra”.**

Este es el aspecto particular de la voluntad de Dios al cual se refiere el versículo 9.

El término “**reunir**” es el mismo término “sumariamente”, que usa Pablo en Romanos 13: 9:

“Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás y si hay algún otro mandamiento, en esta sentencia se comprende sumariamente: Amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

No se trata de un resumen, sino de un principio fundamental, del cual se deriva todo lo demás. Jesús usó el mismo método en el Sermón del Monte, en Mateo 7: 12:

“Así que, todas las cosas que quisierais que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos, porque esta es la ley y los profetas”.

En este versículo significa que el universo entero, con su riquísima variedad y hasta con su aparente falta de relación e imposibilidad de coordinación entre muchas de sus partes tiene un principio fundamental, que lo penetra todo: Cristo. Toda la creación es el resultado del pensamiento divino, por medio de Cristo:

“Mi embrión vieron tus ojos y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas, así que ¡cuán preciosos me son, oh Dios; tus PENSAMIENTOS! ¡Cuán multiplicadas son sus cuentas!”  
(Salmo 139: 16 y 17);

“¡Cuán grandes son tus obras, oh Jehová! Muy profundos son tus PENSAMIENTOS” (Salmo 92: 5);

“Y dijo Dios: Sea la luz y FUE la luz” (Génesis 1: 3);  
igualmente los versículos 6, 9, 11, 14, 20, 26, donde la palabra de Dios expresa su pensamiento;  
“En el principio era el VERBO y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios” (Juan 1: 1):

Verbo es la palabra y la palabra es la expresión externa del pensamiento.

Considerado descuidadamente, todo lo que existe podría parecer como un montón de piedras lanzado al azar, pero no es así. El universo (y también nuestras vidas y las circunstancias que la forman y la rodean) es para nosotros como el revés de un hermoso tapiz: parece un caos sin sentido, con hilos de diversos colores que se cruzan y entrecruzan, aparentemente sin ton ni son, pero ¡qué diferente es si se le mira por el derecho!

La creación fue hecha de acuerdo con el pensamiento de Dios y con un objeto. Este programa se da a conocer claramente en Colosenses 1: 15-20:

“El cual es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura, porque por él fueron criadas todas las cosas que están en los cielos y que están en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades, todo fue criado por él y para él. Y él es antes de todas las cosas y por él todas las cosas subsisten. Y él es la cabeza del cuerpo, que es la iglesia; él, que es el principio, el primogénito de los muertos, para que en todo tenga el primado, por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud y por él reconciliar todas las cosas a sí, pacificando por la sangre de su cruz, así lo que está en la tierra como lo que está en los cielos”.

Este “reunir” incluye también la reconciliación (Colosenses 1: 20):

a. Quita la discordia y enemistad, que es el resultado del pecado:

“Porque él es nuestra paz, que de ambos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, dirimiendo

en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos en orden a ritos, para edificar en sí mismo los dos en un nuevo hombre, haciendo la paz y reconciliar por la cruz con Dios a ambos en un mismo cuerpo, matando en ella las enemistades” (Efesios 2: 14-16);

b. Sujeta todo poder al gobierno de Cristo:

“Sobre todo principado y potestad y potencia y señorío y todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, mas aun en el venidero y sometió todas las cosas debajo de sus pies y diolo por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia” (Efesios 1: 21-22);

c. Da a conocer a todos los órdenes de seres angélicos los tratos de Dios con el hombre:

“Y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que crió todas las cosas, para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora notificada por la iglesia a los principados y potestades en los cielos”.

¿Es posible que esos seres no puedan comprender el amor y la misericordia de su Creador con esta criatura rebelde y dura de corazón que somos nosotros? Si es así, esta “reunión”, que es reconciliación, se los hará comprender; y

d. Finalmente, incluye la reparación y ajuste, el reordenamiento de toda la creación, tanto entre sus partes y aspectos, como con la voluntad de Dios. Es por esta acción de la voluntad de Dios que la creación volverá a ser la fiel expresión del pensamiento divino, después de haber sido esto obscurecido por el pecado y el desorden consiguiente. De este modo la creación llegará a un estado de unidad, armonía y paz. Todo el universo será organizado mediante principios cristianos:

“Porque las criaturas sujetas fueron a vanidad, no de grado, mas por causa del que las sujetó con esperanza, que también las mismas criaturas serán libradas de la servidumbre de corrupción en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que todas las criaturas gimen a una y a una están de parto hasta ahora y no sólo ellas, mas también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, es a saber, la redención de nuestro cuerpo” (Romanos 8: 20 al 23).

Este proceso se realiza **“en Cristo”**: El es el principio organizador, es decir, quien ordena todo para que estén sus partes en correcta relación entre sí, para que todo “funcione” armoniosamente y cumpla la finalidad de glorificar a Dios. Es Cristo mismo quien “ha introducido el potente germen de la vida eterna en el caos de este mundo” y, por eso, la “victoria sobre el desorden y la muerte son seguros” (Findlay). Es por esta razón que la entropía no llevará al universo a la inmovilidad de la muerte. La expresión exacta es: “el Cristo”: la segunda persona de la Trinidad manifestada en Jesús.

Es también un proceso de restauración de lo que fue dañado y desordenado por el pecado, pero una restauración que no sólo es reparación, sino un inmenso progreso respecto al mundo original, porque el mundo y el hombre volverán a ser como Dios quiso que fueran en el comienzo, pero además serán mejores debido al “recuerdo de la redención, el resultado del arrepentimiento y la disciplina del sufrimiento” (Findlay), es decir, el recuerdo y la experiencia de la caída, la redención, el arrepentimiento y el sufrimiento nos colocarán en una posición mejor que la que tenían Adam y Eva antes de su caída.

**“Todas las cosas”**: todo cuanto ha sido creado quedará sujeto a Cristo, pero los impenitentes, que voluntariamente han rechazado ser reconciliados con Dios por Cristo no gozarán de esta paz universal, estarán totalmente separados de ese orden bendito establecido por Dios, mediante Cristo, de modo que no lo podrán dañar ni perturbar más, pero tendrán que obedecer a Cristo de todos modos.

**“En la dispensación del cumplimiento de los tiempos”**. El término traducido “dispensación” es “economía” y significa “administración o manejo de una casa”. Dispensación es, entonces, la manera como Dios gobierna, maneja o dirige todo en una época determinada, para que se cumpla su voluntad. “El cumplimiento de los tiempos” se refiere a toda la era cristiana. Desde la venida de Cristo empezó la restauración de todas las cosas. En este proceso, la Iglesia es un instrumento en las manos de Dios. Participa en esa reorganización, pero no es actora de ella: no habrá “un mundo ideal” por obra de la Iglesia. Es decir, el mundo no llegará a ser verdaderamente cristiano por la obra o predicación de la iglesia. Será la omnipotencia divina la que llevará a buen término esta gigantesca reorganización, que es una tarea completamente desproporcionada para las fuerzas y capacidad humanas.

**“Así las que están en los cielos como las que están en la tierra”**. Esta cláusula aclara bien el “todas las cosas” con que empieza el versículo (en la Versión Reina Valera, 1909): todo está incluido: el universo material y espiritual, todo lo creado, toda criatura del cielo y de la tierra. Los demonios y los incrédulos no participarán de las bendiciones del orden que reinará bajo el gobierno de Cristo, porque Dios no los incluirá a la fuerza en ese orden, pero estarán obligados, aun contra su voluntad, a rendir homenaje y a obedecer a Cristo, como todo lo demás y por esa razón estarán incluidos en esa “reunión” final, a diferencia de los tiempos anteriores en que podían desobedecer y actuar libremente dentro de los límites permitidos por Dios y esto tanto en la tierra como aun en el cielo:

“Y un día vinieron los hijos de Dios a presentarse delante de Jehová, entre los cuales vino también Satán. Y dijo Jehová a Satán: ¿De dónde vienes? Y respondiendo Satán a Jehová, dijo: De rodear la tierra y de andar por ella. Y Jehová dijo a Satán: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado de mal? Y respondiendo Satán a Jehová, dijo: ¿Teme Job a Dios de balde? ¿No le has tú cercado a él y a su casa y a todo lo que tiene en derredor? Al trabajo de sus manos has dado bendición; por tanto su hacienda ha crecido sobre la tierra. Mas extiende ahora tu mano y toca a todo lo que tiene y verás si no te blasfema en tu rostro. Y dijo Jehová a Satán: He aquí, todo lo que tiene está en tu mano, solamente no pongas tu mano sobre él. Y salióse Satán de delante de Jehová... Y otro día aconteció que vinieron los hijos de Dios para presentarse delante de Jehová y Satán vino también entre ellos, pareciendo delante de Jehová. Y dijo Jehová a Satán: ¿De dónde vienes? Respondió Satán a Jehová y dijo: De rodear la tierra y de andar por ella. Y Jehová dijo a Satán: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal y que aún retiene su perfección, habiéndome tú incitado contra él, para que lo arruinara sin causa? Y respondiendo Satán, dijo a Jehová: Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida. Mas extiende ahora tu mano y toca a su hueso y a su carne y verás si no

te blasfema en tu rostro. Y Jehová dijo a Satán: He aquí, él está en tu mano, mas guarda su vida. Y salió Satán de delante de Jehová e hirió a Job de una maligna sarna desde la planta de su pie hasta la mollera de su cabeza” (Job 1: 6-12; 2: 1-7);

“Y salió un espíritu y púsose delante de Jehová y dijo: Yo le induciré. Y Jehová le dijo: ¿De qué manera? Y él dijo: Yo saldré y seré espíritu de mentira en boca de todos sus profetas. Y él dijo: Inducirlo has y aun saldrás con ello; sal pues y hazlo así” (I Reyes 22: 21-22);

“Y fue hecha una grande batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lidiaban contra el dragón y lidiaba el dragón y sus ángeles y no prevalecieron, ni su lugar fue más hallado en el cielo. Y fue lanzado fuera aquel gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña a todo el mundo, fue arrojado en tierra y sus ángeles fueron arrojados con él. Y oí una grande voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación y la virtud y el reino de nuestro Dios y el poder de su Cristo, porque el acusador de nuestros hermanos ha sido arrojado, el cual los acusaba delante de nuestro Dios día y noche (Apocalipsis 12: 7-10).

**Versículo 11 : “En él digo, en quien asimismo tuvimos suerte, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el consejo de su voluntad”.**

“Suerte” es “herencia”.

Una vez más es “en Cristo” (“en él”), es decir, por medio de nuestra unión viviente, orgánica, con Cristo. Como fuimos “adoptados como hijos” (versículo 5), hemos recibido también una herencia: Romanos 8: 16 a 17a.

Además de recibir una herencia de parte de Dios, como hijos suyos, también nosotros somos la herencia de Dios (versículos 14 y 18), es decir, su posesión en lugar del pueblo judío, ganada para el Padre por el sacrificio de su Hijo. Pero en este versículo 11 la idea es que a nosotros nos corresponde una herencia que Dios nos da. Como esta herencia la tenemos en Cristo, él mismo es nuestra principal posesión o riqueza, por lo cual nuestra mayor aspiración debe ser tenerle a él:

“Y ciertamente, aun reputo todas las cosas pérdidas por el eminente conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo y téngolo por estiércol, para ganar a Cristo” (Filipenses 3: 8).

Esta acción de gracias por haber recibido esta herencia es paralela a la de Colosenses 1: 12-14:

“Dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la suerte de los santos en luz, que nos ha librado de la potestad de las tinieblas y trasladado al reino de su amado Hijo, en el cual tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados”.

Notemos que existe una relación de causa a efecto entre el perdón de los pecados por la sangre derramada de Cristo y esta herencia en ambos pasajes (Efesios 1: 7, 11 y Colosenses 1: 12-14).

Es una maravillosa herencia la que ya hemos recibido:

“Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos y es hermosa la heredad que me ha tocado” (Salmo 16: 6),

pero toda su magnificencia está aún por verse y es parte de nuestra esperanza, aunque no por ser esperanza es menos real, ni menos segura. Es esperanza sólo porque es futura. ¡Cómo nos asombraremos de nuestras actuales depresiones, desalientos, pesimismo y aun caídas, cuando esta herencia se despliegue enteramente!

Esta herencia incluye: nuestra libertad como hijos de Dios (libertad del poder del pecado, del temor, de la condenación); el derecho de acceso al Padre; los tesoros de conocimiento y sabiduría de Cristo; la posesión del Espíritu Santo, que nos santifica, junto con la fortaleza moral y el gozo que da; etc.

**“Habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el consejo de su voluntad”.** Es un regreso al pensamiento del versículo 5. Desde la cumbre de las riquezas que tenemos, el apóstol mira al pasado y ve a Dios obrando durante toda la historia humana en nuestro favor, para que pudiéramos recibir la herencia prometida. Esa historia incluye la promesa de un Salvador a Adam y Eva; la preservación de Noé y su familia durante el diluvio; el llamamiento de Abraham; la formación de un pueblo de Dios; la selección de una familia dentro de ese pueblo de Dios; la selección de una familia dentro de ese pueblo; el nacimiento, vida, obra, muerte expiatoria, resurrección y ascensión de nuestro Señor Jesucristo, el Mesías; la preservación de su Palabra y de la Iglesia; nuestro llamado por el Espíritu Santo; y nuestra aceptación voluntaria, por la fe, de nuestro Redentor. Ha mediado un largo tiempo y un laborioso y a menudo muy doloroso obrar, para que fuéramos salvos y pudiéramos recibir la herencia prometida. ¡No la menospreciemos! Es grandiosa, ha sido adquirida a grandísimo precio, únicamente por la voluntad de Dios, por un sentimiento o impulso que estaba completamente dentro de él, es decir, no motivado por nada ajeno a él mismo, como, por ejemplo, un ilusorio valor propio en nosotros. ¡Nos ha amado tanto! Con razón le dice el Amado (Cristo) a su amada (la iglesia):

“Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo, porque fuerte es como la muerte el amor; duro como el sepulcro el celo; sus brasas, brasa de fuego, fuerte llama. Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos. Si diese el hombre toda la hacienda de su casa por este amor, de cierto lo menospreciaran” (Cantares 8: 6,7).

Haremos bien en meditar profundamente en este pasaje.

**Versículo 12<sup>a</sup> : “Para que seamos para alabanza de su gloria”.**

El objeto de predestinar para salvación a los creyentes en Cristo es que por medio de ellos la gloria divina sea alabada por las criaturas inteligentes. Al tratar el versículo 6 me referí al sentido de los términos “alabanza” y “gloria”. Este es el OBJETIVO PRINCIPAL; la salvación y santificación de los creyentes es un objetivo secundario (contra la ideología humanista en boga, que lo concibe todo en función del hombre).

Mientras más conozcamos a Dios, por sus obras y nuestra experiencia, aunque siempre condicionado ese conocimiento por la Palabra de Dios, más le alabaremos.

Además necesitamos una creciente visión de la gloria de Dios, para adorarle debidamente con nuestras palabras, actitudes y servicio, así como ocurrió, por ejemplo, con Moisés, Samuel, Salomón, Elías, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, etc.

De todos modos esta gloria de Dios se ve sólo muy obscuramente en nosotros ahora. Pero al fin resplandecerá un día con toda su brillantez:

“Porque tengo por cierto que lo que en este tiempo se padece no es de comparar con la gloria venidera que en nosotros ha de ser manifestada” (Romanos 8: 18).

Entonces todas las criaturas inteligentes cantarán “para alabanza de su gloria”, al contemplar lo que la gracia de Dios pudo hacer con un material tan deleznable como somos nosotros.

Así termina la segunda estrofa de este himno de alabanza de la gracia de Dios.

**Versículo 12b : “Nosotros que antes esperamos en Cristo”.**

Esta es una transición a la tercera estrofa, en la cual el apóstol contempla el futuro que espera a los hijos adoptivos de Dios.

“**Nosotros**” es enfático y se refiere a los israelitas que en el pasado siempre esperaron al Mesías que había de venir, al Cristo. Fueron redimidos por fe en el Salvador que vendría y, por eso, hechos motivo para la alabanza de la gloria de Dios, antes que ningún otro pueblo.

**Versículo 13a : “En el cual esperasteis también vosotros”.**

Sin embargo a causa del endurecimiento de Israel y su rechazo de su Mesías, ahora los gentiles o no judíos hemos llegado a ser también pueblo de Dios, igual que los antiguos israelitas, por fe en Cristo (“en el cual esperasteis”). De modo que tanto los israelitas redimidos como los gentiles redimidos somos para alabanza de la gloria de Dios.

La separación entre judíos y gentiles queda abolida en Cristo, así como toda otra diferencia entre las personas, en cuanto al modo de ser salvos. Lo único que las diferencia ahora, desde este punto de vista es su fe o su incredulidad en Cristo. El apóstol se explayará después sobre esta unidad de la Iglesia y ese será uno de los temas dominantes de la epístola.

**Versículo 13b : “En oyendo la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salud; en el cual también, desde que creísteis, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa,**

**Versículo 14 : Que es las arras de nuestra herencia, para la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria”.**

Estos versículos conforman la tercera estrofa del himno de alabanza a la gloria de Dios. En ella se trata del sello que tenemos los creyentes, de las condiciones que deben cumplirse para que lo tengamos y de su propósito.

“**En oyendo**” (es decir: al oír) la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salud” indica una condición externa. “Desde que creísteis (cuando creísteis)” indica una condición interna. La salvación es dada a los que creen, pero no se puede creer sin oír “la palabra de verdad”:

¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído?  
¿Y cómo creerán a aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?... Luego la fe es por el oír y el oír por la palabra de Dios”

(Romanos 10: 14 y 17);

“Mas el Señor me ayudó y me esforzó para que por mí fuese cumplida la predicación y todos los gentiles oyesen...” (II Timoteo 4: 17)

¡Qué tremenda responsabilidad y privilegio tenemos! ¡Qué ejemplo es para los creyentes dejados o renuentes a anunciar el evangelio la mujer samaritana! “Dícele la mujer:

Sé que el Mesías ha de venir, el cual se dice el Cristo: cuando él viniere nos declarará todas las cosas. Dícele Jesús: Yo soy, que hablo contigo... Entonces la mujer dejó su cántaro y fue a la ciudad y dijo a aquellos hombres: Venid, ved un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho, ¿si quizás es éste el Cristo? Entonces salieron de la ciudad y vinieron a él... Y muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer, que daba testimonio, diciendo: Que me dijo todo lo que he hecho. Viniendo pues los samaritanos a él, rogáronle que se quedase allí y se quedó allí dos días. Y creyeron muchos más por la palabra de él. Y decían a la mujer: Ya no creemos por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído y sabemos que verdaderamente este es el Salvador del mundo, el Cristo” (Juan 4: 25, 26, 28 – 30, 39 – 42).

Y también los creyentes de Jerusalem: “... y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea... Mas los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando la palabra”

(Hechos 8: 1, 4)

y los tesalonicenses:

“Porque de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor no sólo en Macedonia y en Acaya, mas aun en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que no tenemos necesidad de hablar nada”

(I Tesalonicenses 1: 8).

Al evangelizar, sea por testimonio o predicación, debemos hacerlo con fe, creyendo que el poder de Dios acompañará la palabra.

Lo que el inconverso debe oír es la “palabra de verdad”, la que, en general, es la Biblia; y, en particular, el evangelio, que es todo lo que las Sagradas Escrituras enseñan sobre la persona, vida y obra de nuestro Señor Jesucristo y sobre el camino de salvación que Dios ha preparado por su misericordia. Este evangelio tiene ciertos aspectos básicos culminantes: que todos los seres humanos, sin excepción, somos pecadores de nacimiento, por lo cual no podemos librarnos por nosotros mismos del pecado y que por eso nos espera una condenación segura; que Cristo se dio en sacrificio por nuestros pecados, los expió (es decir, pagó la deuda que teníamos con Dios por nuestros pecados) y recibió el justo juicio de Dios por nuestros pecados en lugar de nosotros, voluntariamente y como nuestro legítimo representante; que Cristo pudo hacer eso porque es hombre y Dios y lo hizo por su muerte en la cruz y su resurrección; que el Padre perdona y hace sus hijos y el Espíritu Santo regenera a los que se arrepienten, creen y confían sinceramente en la obra expiatoria de Cristo y la aceptan personalmente, es decir, como eficaz para sí mismos.

**“El evangelio de vuestra salud (salvación)”**. “Evangelio” significa “buenas noticias” y no hay duda de que lo son, porque anuncian el único modo de tener perdón, paz, esperanza y vida eterna. Lo que más se destaca en estas buenas noticias es que es el único medio para evitar la condenación en el infierno y para asegurarnos la bendición eterna en el cielo”. Nótese que es

“Potencia de Dios para salvación a todo aquel que cree”  
(Romanos 1: 16)

y que “la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; mas a los que se salvan... es potencia de Dios... potencia de Dios y sabiduría de Dios” (I Corintios 1: 18, 24). No hay otro medio de salvar al mundo, ni de cambiarlo para bien, que transformando a cada uno de sus miembros y esto lo puede hacer solamente el evangelio sinceramente aceptado:

“Mas este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en sus entrañas y escribirélas en sus corazones y seré yo a ellos por Dios y ellos me serán por pueblo y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová, porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová y no me acordaré más de su pecado” (Jeremías 31: 33 y 34);  
“Respondió Jesús y díjole: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios”  
(Juan 3: 3);

“Esto pues digo y requiero en el Señor, que no andéis más como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su sentido, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón, los cuales después que perdieron el sentido de la conciencia, se entregaron a la desvergüenza para cometer con avidez toda suerte de impureza. Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si empero lo habéis oído y habéis sido por él enseñados, como la verdad está en Jesús, a que dejéis, cuanto a la pasada manera de vivir, el viejo hombre que está viciado conforme a los deseos de error y a renovaros en el espíritu de vuestra mente y vestir el nuevo hombre, que es criado conforme a Dios en justicia y santidad de verdad. Por lo cual, dejada la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo, porque somos miembros los unos de los otros. Airaos y no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo. El que hurtaba, no hurte más, antes trabaje, obrando con sus manos lo que es bueno, para que tenga de qué dar al que padeciere necesidad. Ninguna palabra torpe salga de vuestra boca, sino la que sea buena para edificación, para que dé gracia a los oyentes. Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual estáis sellados para el día de la redención. Toda amargura y enojo e ira y voces y maledicencia sea quitada de vosotros, y toda malicia. Antes sed los unos con los otros benignos, misericordiosos, perdonándoos los unos a los otros, como también Dios os perdonó en Cristo. Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados y andad en amor, como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor suave. Pero fornicación y toda inmundicia o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos, ni palabras torpes, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracia”

(Efesios 4: 17a 5: 4).

El “evangelio” social y la Teología de la Liberación pueden mejorar las condiciones materiales de la gente, pero dejan intacto su corazón pecaminoso, por lo cual no pueden dar paz, ni esperanza, ni felicidad verdaderas. La salvación de los pecadores, que es lo único que puede hacer menos malo al mundo, no se consigue por medio de organizaciones ni actividades sociales, ni por la educación, ni por ritos, ceremonias o sacramentos, como tampoco por mitos, fábulas, leyendas, fantasías piadosas, ilusiones o teorías propias, sino únicamente por el evangelio de salvación. Al respecto, nótese I Juan 1: 1-3a:

“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos mirado y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada y vimos y testificamos y os anunciamos aquella vida eterna, la cual estaba con el Padre y nos ha aparecido), lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos...”

**“En el cual también desde que creísteis”** (o “cuando creísteis”). Para salvarse es indispensable oír el evangelio, pero de nada sirve oírlo si no se le acepta por la fe, es decir si no se le cree verdadero para uno mismo y esa fe es “en Cristo” (“en el cual”), no una creencia acerca de él o en sus enseñanzas o religión, sino en él mismo, en su persona. En último término la salvación es el establecimiento de una relación de persona a persona, una unión vital, íntima de cada uno de nosotros con Cristo mismo.

Por la fe nos apropiamos, hacemos nuestra, la salvación que Cristo obró por su muerte en la cruz y su resurrección, de modo que la salvación deja de ser sólo un anuncio, una posibilidad o una oportunidad y se convierte en una realidad, en un hecho en nosotros.

**“Fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa”**. Hasta aquí hemos tratado de las condiciones necesarias para recibir el sello que nos acredita como hijos de Dios: oír el evangelio (condición externa) y creerlo (condición interna). Veamos ahora en qué consiste ese sello.

Nótese que ser “sellado con el Espíritu Santo” es una consecuencia inmediata e inseparable de la fe: existe la misma relación entre fe y justificación que entre fe y sello del Espíritu Santo:

“desde que creísteis (o cuando creísteis) fuisteis sellados...”: “Díjoles: ¿Habéis recibido el Espíritu Santo después que creísteis...? (Hechos 19: 2);

“Sabéis por tanto, que los que son de la fe, los tales son hijos de Abraham... Para que la bendición de Abraham fuese sobre los gentiles en Cristo Jesús; para que por la fe recibamos la promesa del Espíritu” (Gálatas 3: 7, 14);

“El cual te hablará palabras por las cuales serás salvo tú y toda tu casa. Y como comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio. Entonces me acordé del dicho del Señor, como dijo: Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados en Espíritu Santo” (Hechos 11: 14-16);

“Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3: 5).

Así que en todo creyente verdadero vive el Espíritu del Padre y del Hijo, quien da testimonio que somos hijos de Dios:

“Y por cuanto sois hijos, Dios envió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones, el cual clama: Abba, Padre”

(Gálatas 4: 6);

“Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios” (Romanos 8: 16)

y, además, nos conduce a toda verdad, nos da gozo y paz y es la energía que nos empuja, nos enseña y suple nuestra deficiencia en la oración:

“Y asimismo también el Espíritu ayuda nuestra flaqueza, porque qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, sino que el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos indecibles, mas el que escudriña los corazones, sabe cuál es el intento del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios, demanda por los santos”

(Romanos 8: 26, 27).

También nos impulsa a trabajar por y para Dios. ¿Quién lo haría si no fuera así?, porque el trabajo para el Señor va acompañado a menudo de traición, calumnias, incompreensión, especial oposición del diablo, el mundo y la carne y una infructuosidad aparente, por falta de evidencia externa de cambio de vida de los creyentes. Es una advertencia muy importante la del Salmo 126: 5-6:

“Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán. Irá andando y llorando el que lleva la preciosa simiente, mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas”,

donde el Espíritu Santo nos asegura lo rico de la cosecha, cuando todo el trabajo de arar, sembrar, regar, desmalezar se ha hecho bajo su dirección y con su poder.

El Espíritu Santo no es un don que se recibe sólo para consuelo o gozo, sino una Energía omnipotente, personal, que obra en el alma del que cree y en la Iglesia, como consecuencia.

Como fuimos sellados desde que creímos (o cuando creímos), no necesitamos una “segunda experiencia o bendición”, adicional al perdón de nuestros pecados por la fe en Cristo. A diferencia del ser llenos del Espíritu Santo, que necesita ser repetido continuamente (Hechos 2: 4; 4: 31; 13: 52), el sello es único, irrepetible, definitivo. Por la misma razón no requiere tampoco de una confirmación eclesiástica, mediante algún rito o sacramento.

Los que hemos aceptado efectiva y sinceramente a Cristo por la fe quedamos sellados con el Espíritu Santo en el momento de creer.

¿Qué es un sello? Es una marca o señal que puede:

1. Certificar y confirmar como verdadera alguna cosa;
2. Señalar propiedad personal; y
3. Asegurar.

Aquí la idea predominante es la posesión o propiedad personal, debido al contexto: 1: 4, 5, 11, aunque los otros dos aspectos son inseparables de éste: El Espíritu Santo, que da testimonio a nuestro espíritu, nos señala como posesión de Dios:

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque comprados sois por precio, glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (I Corintios 6: 19-20),

pero en este sentido, también otros nos reconocen como pertenecientes a Dios. Este hecho confirma o certifica que somos hijos de Dios:

“Y por cuanto sois hijos, Dios envió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones, el cual clama: Abba, Padre”

(Gálatas 4: 6);

“El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo...” (I Juan 5: 10);

“Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios” (Romanos 8: 16)

y garantiza o asegura nuestra eterna salvación, nuestra participación en las promesas de Dios:

“Porque todas las promesas de Dios son en el Sí y en el Amén, por nosotros a gloria de Dios. Y el que nos confirma con vosotros es Cristo y el que nos ungió es Dios, el cual también no ha sellado y dado la prenda del Espíritu en nuestros corazones” (II Corintios 1: 20 -22)

y que nos librará del mal:

“Que también las mismas criaturas serán libradas de la servidumbre de corrupción en la libertad gloriosa de los hijos de Dios... y no sólo ellas, mas también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, es a saber, la redención de nuestro cuerpo” (Romanos 8: 21 y 23).

Este sello es el vínculo entre Dios y los redimidos, la señal que tenemos de lo que somos y de lo que llegaremos a ser para Dios y de lo que él es y será para nosotros. El Espíritu Santo nos sella como posesión de Dios y certifica que su reino y su gloria son nuestra posesión. Esto debería tener un enorme impacto práctico en nuestras vidas como creyentes y debería ser un poderoso estímulo para vivir en forma digna o que corresponda a una vocación tan elevada.

Debo destacar especialmente cómo este sello nos asegura el favor del Dios inmutable y, por lo tanto, nuestra salvación eterna: si hemos creído en Cristo, estamos en él y como Cristo está en Dios, nosotros también estamos en Dios. Es sobre esa relación que el Espíritu Santo ha puesto su sello protector y de garantía. Esto significa que para que aun el más humilde, pequeño y limitado creyente en Cristo pudiera perderse tendría que ser violado o nulificado ese sello, lo cual implica anular la obra de Cristo y dejar sin efecto su sangre derramada, sobre la cual se apoya el sello. En último término significaría destruir el poder mismo del Espíritu Santo, quien es el que asegura la inviolabilidad del sello que ha puesto sobre cada creyente. Esto es imposible. La salvación eterna del que ha creído DE VERDAD en Cristo está asegurada en el momento que cree, porque tiene el sello indestructible del Espíritu Santo.

El sello es “el Espíritu Santo de la promesa”, en contraste con un sello material, como la circuncisión, que fue el sello o marca del antiguo pacto, hasta que se cumpliera la promesa y ese sello era hecho “con mano en la carne” (Efesios 2: 11b; Romanos 4: 11; Gálatas 3: 14), o con la marca del anticristo (Apocalipsis 13: 16). En cambio el sello de que se trata aquí está en lo más íntimo de nuestro ser, allí donde estamos más cerca de Dios:

“Porque el mismo Espíritu da testimonio A NUESTRO ESPÍRITU que somos hijos de Dios” (Romanos 8: 16).

“Los israelitas fueron sellados también, pero mediante la circuncisión, como el ganado o los animales irracionales” (Juan Crisóstomo).

En suma, este sello (el Espíritu Santo de la promesa), que está en nuestra conciencia, contiene en principio (como garantía segura de que al fin será una realidad presente en nosotros) y en potencia (como algo de lo cual basta echar mano adecuadamente, para que sea una realidad en nosotros) todas las bendiciones de nuestra salvación (sus promesas y la vida transformada para la gloria de Dios y felicidad nuestra), puesto que equivale a que Dios mismo se dé a nosotros, ya que el Espíritu Santo es Dios.

La frase “**el Espíritu Santo de la promesa**” es, literalmente: “el Espíritu de la promesa, el SANTO”, lo que destaca extraordinariamente su cualidad de ser santo. La fuerza del sello se debe a ese carácter santo, a que es de Dios, cuya principal propiedad es la santidad. Esto

se destaca mucho, porque abundan los que oyen una voz interior o son testigos de hechos asombrosos que, sin embargo, no son de Dios:

“Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas son salidos en el mundo” (I Juan 4: 1).

“Hay falsos profetas que engañan y son engañados, hay indicaciones del espíritu que ahora obra en los hijos de desobediencia”, inspiraciones diabólicas, tan aparentemente buenas y asombrosas (como las sanidades espiritistas o por el recurrir a ídolos) que podrían engañar a los mismos elegidos. Es uno de los errores más peligrosos identificar lo sobrenatural con lo divino, suponer que los simples milagros y las comunicaciones del mundo invisible son una señal (segura) de la obra de Dios. El anticristo imitará a Cristo, según II Tesalonicenses 2: 8-12” (Findlay). Nuestra seguridad no proviene de lo maravilloso que el Espíritu Santo haga en nuestro favor, sino de su carácter santo, divino (que es lo contrario de lo diabólico o infernal).

Se dice que es “**de la promesa**”, porque fue prometido a los profetas y a los hombres de Dios en general, en el Antiguo Testamento:

“Y será que después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne...” (Joel 2: 28);

“Porque yo derramaré aguas sobre el secadal y ríos sobre la tierra árida: mi espíritu derramaré sobre tu generación y mi bendición sobre tus renuevos” (Isaías 44: 3).

Nótese que se trata de “LA” promesa, una promesa bien definida y determinada:

“Y he aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros, mas vosotros asentad en la ciudad de Jerusalem, hasta que seáis investidos de potencia de lo alto” (Lucas 24: 49);

“y estando juntos, les mandó que no se fuesen de Jerusalem, sino que esperan la promesa del Padre...” (Hechos 1: 4).

Esta promesa consiste en que el Espíritu Santo convencerá al hombre que es pecador; le hará ver a Cristo, pagando en su lugar en la cruz (es decir le dará la fe salvadora); le regenerará; aplicará los efectos de la vida de Cristo dada por nosotros a nuestras propias vidas y sellará como especial posesión de Dios a los redimidos, para asegurar su salvación eterna.

**“Que es las arras de nuestra herencia”**. “Arras” es un término de origen fenicio que significa: “pago de parte del precio de algo, como garantía de que se pagará todo o de la buena intención de cumplir un contrato o compromiso”. Equivale, por lo tanto, a “prenda, pie, abono o garantía”. Por ejemplo, en el caso de una promesa de compraventa de una propiedad, el comprador deposita una parte del precio como garantía de que pagará todo el precio y el vendedor deposita la misma cantidad como garantía de que venderá la propiedad, es decir, de que cumplirá el contrato.

Antiguamente, en España, arras era un porcentaje del 10% al 12.5% de los bienes del novio, que éste entregaba a la novia en el momento de contraer matrimonio, como prenda del contrato matrimonial y de que, por lo tanto, cumpliría sus obligaciones de mantenerla, cuidarla, etc. Esto se reemplazó después, simbólicamente, por trece monedas que el novio entregaba a la novia en el momento del desposorio. Entre nosotros se mantiene el símbolo por medio de la argolla, que, hasta hace algunos años, sólo el novio entregaba a la novia.

Las arras o garantía que nosotros hemos recibido de Dios es el Espíritu Santo (“que es las arras”). Otras dos veces aparece este término en el Nuevo Testamento y siempre con el mismo sentido:

“El cual también nos ha sellado y dado la PRENDA del Espíritu en nuestros corazones” II Corintios 1: 22 y

“Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, el cual nos ha dado la PRENDA del Espíritu” (II Corintios 5: 5),

lo que muestra su importancia.

El sello de Dios que tenemos -la presencia del Espíritu Santo en nuestros corazones- es el cumplimiento de una promesa del Antiguo Testamento y, por lo mismo, es la GARANTÍA de que nuestra actual esperanza se cumplirá igualmente. Esta esperanza consiste en que seremos completamente librados de toda presencia del pecado; que estaremos para siempre en la presencia de Dios, gozando perfectamente de sus beneficios y que llegaremos a cumplir completamente su voluntad, lo que nos producirá un gozo perfecto.

Desde que creímos recibimos la vida eterna. El Espíritu Santo en nosotros es la garantía de que es así. No tenemos para qué esperar u orar para recibir la salvación en el juicio final o al momento de morir, porque ya la tenemos y está garantizada.

Además el Espíritu Santo que tenemos es como un anticipo o un abono de lo que tendremos y seremos en el cielo:

“Y no sólo ellas, mas también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, es a saber, la redención de nuestro cuerpo”

(Romanos 8: 23).

Desde que creímos se ha iniciado en nosotros un proceso de transformación, muy lento en algunos y casi imperceptible; muy rápido y hasta espectacular en otros, según el uso que hacemos de los medios de gracia: la lectura, estudio y meditación en la Palabra de Dios; la oración ferviente; el servicio cristiano y el testimonio; la asistencia regular a los cultos y la participación entusiasta y dedicada en las actividades de la iglesia; la mantención de la paz de la iglesia (Mateo 18: 15-17); el dar con amor y gratitud; la participación consciente y con fe verdadera en los sacramentos. Sin embargo, este proceso siempre será parcial e imperfecto aquí en la tierra. Pero cuando nos sentimos desalentados por nuestra imperfección y hasta llegamos a dudar de nuestra salvación o del poder transformador del evangelio (¡y quiera el Señor que sea por la conciencia de nuestras propias imperfecciones y no por las de los demás!) el Espíritu Santo en nosotros, por su palabra, nos da testimonio de que somos hijos de Dios y es la fuente de poder, valor y paciencia, que nunca faltará al cristiano verdadero.

El evangelio sacó a luz la vida y la inmortalidad. En contraste, los santos del Antiguo Testamento ignoraban, en gran medida, su destino futuro.

En suma: los cambios de mentalidad, sentimientos, concepción de la vida, carácter y personalidad operados en nosotros desde que creímos (y en los cuales debemos reflexionar a menudo, para evaluarlos y para que sea verdad en nosotros lo que dice el cántico: “Cada día con Cristo más dulce es que el anterior...”) deben ser para nosotros el anticipo de lo que un día será un cambio total, para la gloria de Dios y para nuestra felicidad perfecta. Lo maravilloso y verdadero de estos cambios debe llevarnos a pensar cuánto más maravilloso es lo que esperamos, cuando seamos perfectos en la presencia de Dios. Si ahora sentimos gozo por la conciencia de la transformación para bien que el Espíritu Santo está operando en nosotros ¡cuánto será el gozo cuando el cambio se complete, al ir nosotros a la presencia de nuestro gran Dios y salvador!

Todo esto es nuestra “herencia”, lo que Dios nos dará y lo que somos para él.

Nótese que en el versículo 12, Pablo se refería a los privilegios de los israelitas como pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, lo que señala por el uso del pronombre “nos”. En el versículo 13, se refiere a que nosotros, el pueblo de Dios actual tenemos los mismos privilegios, lo que indica por el “vosotros”. En el versículo 14 nos reúne a todos en esos privilegios: “nuestra”.

**“Para la redención de la posesión adquirida”.** Pasamos ahora a considerar el propósito para el cual hemos sido sellados tanto los creyentes judíos como no judíos.

**“Posesión”** es equivalente a Éxodo 19: 5 (“especial tesoro”), Deuteronomio 7: 6 (“pueblo especial”) y Malaquías 3: 17 (“especial tesoro”). Pedro aplica este hecho maravilloso a nosotros, los gentiles, el nuevo Israel de Dios, en I Pedro 2: 9-10 (“pueblo adquirido”). ¡Cómo

debería influir en nuestro ánimo, testimonio verbal y conducta (es decir en el testimonio de nuestra vida) este hecho notable! Se usa el mismo sustantivo griego en I Tesalonicenses 5: 9:

“Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salud por nuestro Señor Jesucristo”;

II Tesalonicenses 2: 14:

“A lo cual os llamó por nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo”;

y Hebreos 10: 39:

“Pero nosotros no somos tales que nos retiremos para perdición, sino fieles para ganancia del alma”.

En ellos se señala que este no es un privilegio para disfrutarlo pasivamente, sino que debe inducir a la acción, es decir a vivir de acuerdo con tan grande privilegio.

Es una posesión “adquirida”: Dios tiene sobre nosotros los derechos de creación, pero también los de redención (nos vendimos al diablo y a la esclavitud del pecado, pero Dios nos “compró” de nuevo por medio de la sangre de Cristo). Antes expliqué el sentido figurado, no literal, de “compró” y “precio” en este contexto, en el comentario del versículo 8 de este capítulo 1. Pablo dice también a este respecto:

“Mas ahora, librados del pecado y hechos siervos a Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación y por fin la vida eterna”  
(Romanos 6: 22).

Se presenta la “redención” como futura, pero ¿no la tenemos ya? Pablo usa “redención” en dos sentidos:

1º. Como el comienzo de la obra de gracia en nosotros, y también

2º. Como su consumación, perfección o plena realización. Actualmente tenemos que distinguir entre la “posición” que tenemos ante Dios en Cristo, que es de absoluta perfección, por los méritos de Cristo o su justicia que nos ha sido imputada, y nuestra “condición”, que es la persistencia en nosotros del “viejo hombre”, por lo cual continuamos siendo pecadores. Cuando se realice plenamente nuestra redención nuestra “condición” será idéntica con nuestra “posición”. Esta plena realización es llamada la “redención de nuestro cuerpo” en Romanos 8: 23c.

Así como Jesucristo fue declarado hijo de Dios por su resurrección:

“El cual fue declarado Hijo de Dios con potencia, según el espíritu de santidad, por la resurrección de los muertos”.  
(Romanos 1: 4),

es decir, que así como su resurrección expresó solemnemente que era el Hijo de Dios, así ocurrirá con nosotros: nuestra resurrección con un cuerpo espiritual, glorioso (“Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, se levantará en incorrupción, se siembra en vergüenza, se levantará con gloria; se siembra en flaqueza, se levantará en potencia; se siembra cuerpo animal, resucitará espiritual cuerpo... Cual el terreno, tales también los terrenos y cual el celestial, tales también los celestiales I Corintios 15: 42-44 y 48) será una “revelación”, un dar a conocer que somos realmente hijos de Dios, a todo el universo. Ahora, debido a nuestras flaquezas, limitaciones y fallas espirituales y morales y por la decadencia física, puede el hecho pasar desapercibido o permanecer muy oculto:

“Muy amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser, pero sabemos que cuando él apareciere, seremos semejantes a él, porque le veremos como él es”  
I Juan 3: 12.

Cristo recibió en la cruz todo el castigo que merecen nuestros pecados, sufrió toda la pena por ellos, pero su efecto sobre nosotros lo recibimos en dos etapas:

1º. La conciencia de estar condenados a muerte (en el sentido de condenados al infierno eternamente) es quitada de nuestro espíritu en el momento en que, por la fe, somos perdonados. Pero seguimos sujetos a la muerte de nuestro cuerpo. Sin embargo,

2º. Dios nos prometió también rescatarnos del poder del sepulcro:

“De la mano del sepulcro los redimiré, librarélos de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte...” Oseas 13: 14

Cuando esto último se cumpla, Dios habrá redimido en forma completa y actual su posesión, que es su pueblo “comprado” con la sangre de Jesucristo, al cual tanto amó que para poseerlo de nuevo a su propio Hijo “no perdonó” (“El que aun a su propio Hijo no perdonó, antes le entregó por todos nosotros...” Romanos 8: 32, donde “no perdonó” significa que no le evitó la muerte). Mientras la muerte nos afecte del modo que sea, Dios no estará satisfecho plenamente respecto a nosotros,

1º. Porque la muerte es una intrusa en la creación divina; y

2º. Porque su pueblo sufre y gime por causa de ella, junto con toda la creación:

“Que también las mismas criaturas serán libradas de la servidumbre de corrupción en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que todas las criaturas gimen a una y a una están de parto hasta ahora. Y no sólo ellas, mas también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, es a saber, la redención de nuestro cuerpo”. Romanos 8: 21-23,

a causa de nuestro cuerpo que se enferma, se cansa, sufre accidentes y envejece hasta morir. Al respecto debemos tomar nota de que efectivamente Dios sufre con su pueblo:

“Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo, he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunco y sobre zafiros te fundaré”

(Isaías 54: 11);

“En toda angustia de ellos él fue angustiado y el ángel de su faz los salvó...” (Isaías 63: 9);

y

“Jesús entonces, como la vio llorando y a los judíos que habían venido juntamente con ella llorando, se conmovió en espíritu y turbóse y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Dícenle: Señor, ven y ve. Y lloró Jesús. Dijeron entonces los judíos: Mirad cómo le amaba” (Juan 11: 33-36).

Al fin este enemigo nuestro será vencido también:

“Porque es menester que esto corruptible sea vestido de incorrupción y esto mortal sea vestido de inmortalidad. Y cuando esto corruptible fuere vestido de incorrupción y esto mortal fuere vestido de inmortalidad, entonces se efectuará la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte con victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿dónde, oh sepulcro, tu victoria?... Y el postrer enemigo que será deshecho será la muerte” (I Corintios 15: 53-55 y 26).

Así se cumplirá Isaías 51: 11:

“Cierto, tomarán los redimidos de Jehová, volverán a Sión cantando y gozo perpetuo será sobre sus cabezas: poseerán gozo y alegría y el dolor y el gemido huirán”.

**“Para alabanza de su gloria”:** Con la repetición por tercera vez de este refrán termina la tercera y última estrofa de este himno a la gracia.

También el sello del Espíritu Santo, se garantiza nuestra salvación y el pleno cumplimiento de las promesas hechas por Dios a los redimidos por la sangre de Cristo, tiene como objeto último “la alabanza de la gloria de Dios”, es decir, que todos los seres inteligentes de la creación alaben el poder sublime, la sabiduría infinita y la misericordia inmensa de Dios, lo que constituye su “gloria”, excelencia o grandeza.

## 2. Oración para pedir conocimiento: 1: 15 – 23.

### **Versículo 15 : “Por lo cual también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús y amor para con todos los santos”**

“**Por lo cual**”: Debido a que han oído el evangelio y, por creerlo, han sido sellados con el Espíritu Santo,

“**También yo**”: yo, que tan interesado estoy en vuestra salvación, a mi vez,

“**Habiendo oído**” (“**cuando oí**”): había recibido informes sobre esto, lo cual sugiere que no conocía personalmente a muchos de los que leerían la carta, lo cual apoya la probabilidad de que ésta fuera una carta circular, con Éfeso como principal destinataria.

“**De vuestra fe en el Señor Jesús y amor para con todos los santos**”: Los informes recibidos por Pablo se referían a cómo muchos, en una amplia región, se habían convertido, por lo cual ahora tenían fe y a ellos dirige la carta.

Esta fe que tenían era “en el Señor Jesús”, donde “Señor” indica la divinidad de Jesús, porque ese término sólo se usa en relación con Dios.

Pablo había sido informado que tenían fe y también que demostraban esa fe en su amor fraternal entre ellos. La fe y el amor fraternal son inseparables; una fe más firme produce un amor más profundo y, al revés, poco amor significa débil fe.

Este amor no es sólo un amor de sentimiento, sino práctico, expresado en servicio a los hermanos. A esta unión indisoluble se refiere en gran parte Santiago 2: 16-18:

“Y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y hartaos; pero no les diereis las cosas que son necesarias para el cuerpo ¿qué aprovechará? Así también la fe, si no tuviere obras, es muerta en sí misma. Pero alguno dirá: Tú tienes fe y yo tengo obras: Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras”.

Un ejemplo práctico de esto se encuentra en Hechos 2: 46 al 47:

“Y perseverando unánimes cada día en el templo y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y con sencillez de corazón, alabando a Dios y teniendo gracia con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”

y en Hechos 4: 31-32:

“Y como hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló y todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaron la palabra de Dios con confianza. Y la multitud de los que habían creídos era de un corazón y un alma y ninguno decía ser suyo algo de lo que poseía, mas todas las cosas les eran comunes”.

¡Qué nadie se engañe! Si no amamos a TODOS nuestros hermanos, sin hacer diferencias entre ellos, todo lo demás que hagamos, aunque sea con mucha actividad y empeño, no vale nada o es de escaso valor delante del Señor. Si tenemos la noble ambición de servir al Señor y de hacer grandes cosas para él, recordemos esto y unamos a la fe un amor genuino para

TODOS nuestros hermanos y si al examinar nuestro corazón encontramos grandes fallas en ese amor, arrepintámonos y pidamos gracia al Señor, para que ese amor sea derramado por el Espíritu Santo en nuestros corazones y pueda superar lo que somos por naturaleza: egoístas, rencorosos, vengativos, duros, aristocráticos” (es decir, formamos un grupo cerrado, con exclusión de los demás), murmuradores.

Nótese que la fe es en Cristo y el amor es a los hermanos: Pablo había recibido noticias acerca de la devoción de ellos por Cristo y por su iglesia o congregación. ¡Qué se pueda decir lo mismo de nosotros y no que con nuestras actitudes conscientes o inconscientes (descuidadas) destruimos en vez de edificar nuestra congregación.

**Versículo 16 : “No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones”.**

**“No ceso de dar gracias por vosotros”.** Las buenas noticias recibidas acerca de la fe y el amor de los creyentes de Asia llenan a Pablo de alegría, le consuelan en medio de los trabajos y sufrimientos inherentes a la obra del Señor y le animan para seguir adelante. Como reconoce que esa fe y amor son fruto del Espíritu Santo con el cual están sellados, después de alabarles por estas excelentes virtudes, da gracias al Señor, a quien sólo corresponde. No “cesa de dar gracias”: La acción de gracias, junto con la alabanza, era parte permanente de las oraciones de Pablo, como debería ser de las nuestras, porque siempre hay razón para alabar y dar gracias a Dios y a menudo lo olvidamos. Lo bueno que un cristiano hace en un lugar sirve de estímulo a los de otros lugares.

**“Haciendo memoria de vosotros en mis oraciones”.** ¡Cuán necesario es que oremos unos por otros! Pablo lo hacía sin cesar y sin olvidar a ninguno, porque **LOS TENÍA EN EL CORAZÓN, COMO VERDADEROS HIJOS:**

“Porque testigo me es Dios, al cual sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, que sin cesar me acuerdo de vosotros SIEMPRE en mis oraciones” (Romanos 1: 9);

“Doy gracias a mi Dios en toda memoria de vosotros, siempre en todas mis oraciones, haciendo oración por todos vosotros con gozo” (Filipenses 1: 3-4);

“Damos gracias al Dios y Padre del Señor nuestro Jesucristo, siempre orando por vosotros” (Colosenses 1: 3);

“Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones” (I Tesalonicenses 1: 2);

“A Timoteo, amado hijo, gracia, misericordia y paz de Dios el Padre y de Jesucristo nuestro Señor. Doy gracias a Dios, al cual sirvo desde mis mayores con limpia conciencia, de que sin cesar tengo memoria de ti en mis oraciones noche y día” (II Timoteo 1: 2-3).

Esta es una buena manera de medir el amor (verdadero o fingido) que tenemos por nuestros hermanos.

**Versículo 17 : “Qué el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación para su conocimiento”.**

**“Qué el Dios de nuestro Señor Jesucristo”**. Ahora les dice qué pedía para ellos en sus oraciones. La oración la dirige al “Dios de nuestro Señor Jesucristo”. Existe una relación completamente imposible de comprender para nosotros, en nuestra condición actual, entre el Padre y el Hijo, entre la Primera y la Segunda persona de la Trinidad. Por eso la Biblia se refiere a esa relación en un lenguaje humano, que es el único que podemos comprender.

Hay que entender bien que estas palabras expresan en la forma más exacta posible, hasta donde el hombre puede comprender, esas relaciones. Con ese fin, Dios se vale de las relaciones humanas que más se aproximan a la realidad, pero de ningún modo pueden entenderse literalmente. Debemos aceptar con humildad lo que él nos da a conocer y esperar con paciencia hasta que tengamos más luz, cuando estemos con él.

Esta expresión acentúa la soberanía de Dios, tan destacada en el “himno a la gracia” (versículos 3 al 14) y la dependencia de Jesús con respecto a su Dios. Cristo se refiere a Dios siempre como “mi Padre” o “mi Dios”. En cambio nos dice a nosotros: “vuestro Dios”:

“Dícele Jesús: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas vé a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”

Juan 20: 17.

Nunca dice: “Nuestro Dios”, como si estuviera en un mismo plano con nosotros en cuanto a nuestra relación con el Padre. En el “Padre nuestro” está enseñando a sus discípulos a orar, de modo que cuando dice allí “nuestro”, ésta es una expresión del cristiano, no de Cristo. En otras palabras, existe una relación única entre el Padre y el Hijo, de la cual nosotros no participamos de modo alguno. Es completamente falsa la enseñanza modernista de que Cristo es “hijo de Dios” igual como lo somos nosotros, sólo con diferencia de grado, no de calidad. La expresión “hijo de Dios” tiene un significado cuando se aplica a nosotros (redimidos por la sangre de Cristo y regenerados por el Espíritu Santo, tenemos una relación con Dios muy similar a la que existe entre padres e hijos humanos) y otro muy diferente cuando se aplica a Jesucristo (en el cual caso significa que es Dios mismo:

“Yo y el Padre una cosa somos. Entonces volvieron a tomar piedras los judíos para apedrearle... Respondieronle los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia y porque tú, siendo hombre, te haces Dios... ¿A quién el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy? “

Juan 10: 30, 31, 33, 36.

¿Por qué le apedrearían si Jesús les hubiera dicho que era hijo de Dios como cualquier otro ser humano? El sentido único en que Dios es Padre de Cristo fue expresado con mucha fuerza por Jesucristo durante su agonía en la cruz:

“Y cerca de la hora de nona, Jesús exclamó con GRANDE VOZ, diciendo: Elí, Elí ¿lama sabachtani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

(Mateo 27: 46).

**“El Padre de gloria”**. Este calificativo es un eco del estribillo del “himno a la gracia” (versículos 6, 12 y 14): es el Dios de grandeza, perfección y poder incomprensibles. Por ese poder resucitó a Jesucristo (“... para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre...” Romanos 6: 4). Esta gloria se representa como la “luz del rostro de Dios” (“... Alza sobre nosotros, oh Jehová, la luz de tu rostro” Salmo 31: 16; “Haga resplandecer Jehová su rostro sobre ti... Números 6: 25; etc.). Aquí este aspecto es de especial importancia, porque lo que Pablo pide para los creyentes es que sean “iluminados” (versículo 18) y esto requiere un poder tal como el que resucitó a Cristo (versículos 19 y 20):

“Porque contigo está el manantial de la vida: en tu luz veremos la luz”  
(Salmo 36: 9).

**“Os dé espíritu de sabiduría y de revelación”.** Sólo el Espíritu Santo puede dar esto, pero aquí se refiere al don, no al dador. Pablo ora para que los creyentes sean sabios y conozcan la verdad, lo que es posible por el Espíritu Santo, con el cual están sellados. Nadie tiene en forma natural la sabiduría necesaria para vivir una vida genuinamente cristiana o para hacer la obra de Dios, pero él se la da a los que se la piden:

“Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios, el cual da a todos abundantemente y no zahiere, y le será dada. Pero pida en fe, no dudando nada, porque el que duda es semejante a la onda de la mar, que es movida del viento y echada de una parte a otra”

(Santiago 1: 5-6).

Esta sabiduría es extremadamente necesaria en nuestras relaciones interpersonales y mientras más cercanas o íntimas, más necesaria, muy especialmente en la iglesia, donde el diablo obra con toda su astucia, poder e ira. El sabe valerse diestramente de nuestra falta de sabiduría, que a veces raya en la necedad, como cuando sabemos que alguna actitud o manera de actuar nuestra nos perjudica a nosotros, a los que nos rodean- a menudo los seres más queridos y a la iglesia, y sin embargo nos dejamos llevar por una inconsciencia o malignidad o impulso aparentemente irresistible y hablamos o actuamos precisamente de aquel modo hiriente o dañino. ¿Oramos continuamente nosotros, con fe verdadera, para que Dios nos dé esta sabiduría? En Jeremías 22: 29 encontramos un fortísimo llamado a oír, aprender y APLICAR lo que SABEMOS que es la Palabra de Dios: “¡Tierra, tierra, tierra! oye palabra de Jehová”.

Recuérdese que “sabiduría” es “conocimiento aplicado en forma adecuada a una situación real o de la vida práctica”.

“Revelación” significa “descubrir”, “dar a conocer”. Sin la obra del Espíritu Santo en nuestra mente, por medio de la cual conocemos la verdad de Dios, nunca la conoceríamos, ni aun leyendo mucho y muy atentamente la Biblia. La experiencia en la obra de evangelización, especialmente, confirma y subraya enérgicamente esta afirmación de las Escrituras. Es frecuente que ocupemos mucho tiempo y pongamos en juego todo nuestro conocimiento para atraer un alma a Cristo y, sin embargo, encontremos esa alma como un muro infranqueable, mientras que en otras oportunidades una palabra breve y como dicha al pasar conduce a un alma a la fe salvadora. Si no fuera por esto nuestro conocimiento de Dios sería idéntico al que puede adquirir cualquier ser humano. Pero nosotros somos capacitados por el Espíritu Santo para tener un conocimiento de Dios incomparablemente más profundo, más verdadero más completo y, sobretodo, más íntimo, que los no creyentes. El Espíritu Santo nos da a conocer la verdad de Dios en general, pero además verdades ocultas, reveladas en la Biblia, las cuales es imposible conocer sin esa revelación. Un doctor en literatura, sin iluminación del Espíritu Santo, leerá las Sagradas Escrituras sin ningún provecho espiritual; se quedará sólo con su envoltura, con aspectos superficiales, de importancia secundaria, subordinada. En cambio un sencillo hijo de Dios, que no ha tenido oportunidad de estudiar mucho en lo secular o tal vez nada, pero iluminado por el Espíritu Santo, puede llegar a sus mayores profundidades.

Estrictamente hablando, este “espíritu de revelación” no es “inspiración”, sino “iluminación”, es decir, no capacidad para conocer infaliblemente la verdad divina, sino capacidad para conocer la verdad que ha sido revelada en las Escrituras, puesto que la Biblia misma enseña que toda la inspiración terminó cuando ella se completó. La única manera de entender verdaderamente la Biblia es ser iluminado por el mismo Espíritu que es su autor.

Lo que Pablo pide primeramente en su oración es que a los creyentes se les conceda una condición o disposición espiritual que los capacite para recibir la verdad divina y para apropiársela para su vida práctica.

**“Para su conocimiento”.** El conocimiento del que se trata aquí es el de Dios: un conocimiento completo (hasta donde es posible para el hombre) y profundo de Dios. Es en esta clase de conocimiento de Dios que debe ocuparse la disposición espiritual mencionada más arriba (no en “curiosear”, en futilidades, en niñerías), lo que se obtiene sólo por el estudio cuidadoso y la meditación de la Biblia, guiada por el Espíritu Santo. El conocimiento de Dios debe también

alimentar esa disposición espiritual que capacita para conocer la verdad y aplicarla a nuestra vida. La gran aspiración de la filosofía es: “Conócete a ti mismo”, porque toma al hombre como centro y objetivo supremo. La del cristiano, en cambio, es: “Conoce a tu Dios”.

**Versículo 18 : “Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál sea la esperanza de su vocación y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos”.**

**“Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento”.** Estos “ojos” son los “del corazón”, no los ojos físicos y, por lo tanto, capaces de ver mucho más allá, mucho más clara y profundamente que éstos.

En un prado cubierto de hierba fresca y verde está pastando un buey. Un arroyo de agua limpia lo atraviesa, árboles frondosos le dan sombra refrescante, brilla el sol en un cielo puro sin nubes y en lontananza, la majestuosa cordillera se alza imponente. Un músico capta el murmullo del riachuelo y el sonido de la brisa entre el follaje y en su espíritu surge una música sublime; un pintor plasma en un hermoso cuadro la gloria luminosa del paisaje y un poeta se siente inspirado por esta visión para escribir un bello poema. Los ojos del buey ven lo mismo que el poeta y el pintor y sus oídos oyen lo mismo que el músico, pero a él no le interesa sino la hierba que come, el agua limpia que bebe y la sombra fresca que le protege del sol ardiente.

Así nos ocurre a nosotros en relación con Dios:

“Mas yo era ignorante y no entendía, era como una bestia  
acerca de ti” (Salmo 73: 22),

porque considerar las circunstancias adversas, los múltiples problemas de la vida con la mente natural es considerarlas con IGNORANCIA, como un IRRACIONAL. “Hay dos hombres sentados uno al lado del otro en la misma casa de oración... Uno ve los cielos abiertos, oye un cántico eterno, su espíritu es un templo lleno de la gloria de Dios. El otro ve el lugar y el aspecto de los demás que adoran junto con él, oye la música del órgano y el coro, el sonido de la voz del predicador. Pero, aparte de esto, no experimenta ninguna influencia del mundo de arriba. Es en relación con el otro adorador como el buey respecto del músico, el pintor y el poeta.

No es sólo el ser ajeno o estar distante de las cosas divinas lo que causa esta insensibilidad: la familiaridad con ellas puede tener el mismo afecto. ¡Conocemos tan bien este evangelio! Lo hemos leído, escuchado, considerado sus detalles doctrinales cien veces. Es algo tan trillado y tan cómodo para nosotros como unos zapatos ya muy usados. Discutimos sin la menor emoción verdades que, cuando fueron dadas a conocer por primera vez o aun sólo prometidas, arrojaron las almas humanas o las asombraron y maravillaron en tal forma que se olvidaron hasta de comer. El temor reverente de lo eterno, el misterio de nuestra fe, el Espíritu glorioso de Dios ya no reposa sobre nosotros. Así llegamos a ser, como se oye decir a veces: “oyentes endurecidos del evangelio” y ¡hasta “predicadores endurecidos en relación con el evangelio”! ¡De este modo se llega a la condición en que “los ojos ven sin ver, los oídos oyen sin oír. Los labios hablan sin sentir, el corazón engorda...” Es el resultado que sigue al contacto externo con las verdades espirituales sin apropiación y respuesta interior a ellas. ¡Cuánto necesitamos orar para que “sean alumbrados los ojos de nuestro entendimiento”! (Findlay).

Un ejemplo de uno que se “olvidaba de comer pan” por el éxtasis que le producían las verdades divinas fue el jesuita chileno Manuel Lacunza, del cual dice Alone en su Historia de la Literatura Chilena: “... se estableció muy pobremente en dos habitaciones, fuera de los muros de la ciudad (de Imola)... él mismo se preparaba sus alimentos. Al atardecer, daba por el campo un corto paseo, siempre solo, e iba a un convento cercano, donde unos frailes amigos le prestaban los libros que su pobreza le impedía comprar. Recogíase después y pasaba toda la noche velando sobre las Sagradas Escrituras. Así compuso su obra (La venida del Mesías en gloria y majestad)”. El resultado fue que penetró en esas verdades como nadie en su tiempo y unos ciento cincuenta años antes que nosotros, los evangélicos.

Una visión así era la que tenía David:

“Heme gozado en el camino de tus testimonios como sobre toda riqueza... Recréame en tus estatutos, no me olvidaré de tus palabras... Pues tus testimonios son mis deleites y mis consejeros... Guíame por la senda de tus mandamientos, porque en ella (tu ley) tengo mi voluntad... He aquí yo he codiciado tus mandamientos, vivifícame en tu justicia... Y deleitaréme en tus mandamientos que he amado. Alzaré asimismo mis manos a tus mandamientos que amé y meditaré en tus estatutos... Mejor me es la ley de tu boca, que millares de oro y plata... Vengan a mí tus misericordias y viva, porque tu ley es mi deleite... Si tu ley no hubiese sido mis delicias, ya en mi aflicción hubiera perecido... ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca... Por heredad he tomado tus testimonios para siempre, porque son el gozo de mi corazón... Sosténme y seré salvo y deleitaréme siempre en tus estatutos... Por eso he amado tus mandamientos más que el oro y más que oro muy puro... Mi boca abrió y suspiré, porque deseaba tus mandamientos... Gózome yo en tu palabra, como el que halla muchos despojos. La mentira aborrezco y abomino: tu ley amo... Mi alma ha guardado tus testimonios y helos amado en gran manera... Deseado he tu salud, oh Jehová, y tu ley es mi delicia”

(Salmo 119).

Esto es lo que necesitamos TODOS NOSOTROS.

Pablo se refiere ahora a lo que desea que sus lectores perciban más clara, completa y prácticamente y por lo cual ha pedido que sean abiertos sus ojos espirituales:

- 1º. La esperanza a que les ha llamado;
- 2º. Las riquezas que Dios tiene en ellos; y
- 3º. El poder que está a su disposición.

1º. **“Para que sepáis cuál sea la esperanza de su vocación”**. “Su vocación” significa “el llamamiento de Dios”. Ese llamamiento es nuestra esperanza.

“Esperanza” aquí no es algo futuro que anhelamos que suceda, pero incierto. Nosotros esperamos lo que Dios ha prometido o aquello a lo cual nos ha llamado (“su vocación”) y como Dios es fiel y omnipotente para cumplir todo lo prometido, esta esperanza no es una posibilidad, sino una completa seguridad. Esta esperanza incluye la completación de lo que ya hemos empezado a recibir y lo que aún no hemos recibido. Es esperanza sólo en cuanto es futura.

Para la mayoría esta esperanza se limita a llegar al cielo y ser librados de este presente mundo malo. Esto está incluido, sin duda, pero nuestro llamado o vocación es mayor. Pablo aclara bien su pensamiento a este respecto en Filipenses 3: 13 y 14:

“Hermanos, yo mismo no hago cuenta de haberlo ya alcanzado, pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prodigo al blanco al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús”.

El “blanco” se explica en Filipenses 3: 8 a 12:

“Y ciertamente aun reputo todas las cosas pérdida por el eminente conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo y téngolo por estiércol, para ganar a Cristo y ser hallado en él, no teniendo mi justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo,

la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle y la virtud de su resurrección y la participación de sus padecimientos, en conformidad a su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de los muertos. No que ya haya alcanzado, ni que ya sea perfecto, sino que prosigo, por ver si alcanzo aquello para lo cual fui también alcanzado de Cristo Jesús”:

su esperanza es el cielo, pero a través de CRISTO. Pablo vivía para conocer, amar, servir, seguir, ser como y estar para siempre con CRISTO. Es decir su esperanza, su vocación o llamado, era Cristo, nada más, ni nada menos. Por eso para él el cielo era sólo una circunstancia secundaria y la muerte nada más que un incidente en el camino del alma que busca siempre permanentemente a Cristo.

¿Es así para nosotros? Desde la eternidad, el Padre nos predestinó para llegar a ser conformes a la imagen de su Hijo, vale decir, sin mancha, ni contaminación. Todo aspecto de nuestra esperanza debiera palidecer ante este. Esto es lo primero que deberíamos ver con los ojos espirituales.

2º **“Y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos”**: Esto es lo segundo que deberíamos ver con los ojos de nuestro espíritu.

La petición anterior y ésta repiten el doble carácter de nuestra herencia: Dios y Cristo son nuestra herencia (“la esperanza de su vocación”); nosotros somos la herencia, la posesión especial de Dios (“su herencia en los santos”).

“Riquezas de la gloria” se refiere a lo extremadamente grande y abundante, al carácter completamente extraordinario, de esa gloria.

“Gloria” significa esplendor, grandeza, majestad, magnificencia, brillo, como hemos dicho, fama y honor que resulta a cualquiera por sus buenas acciones o grandes cualidades; y también lo que ennoblece extraordinariamente a una persona o cosa. En general, se refiere a algo muy grande.

“Riquezas de la gloria” es un modo de expresar lo inmensamente grande.

El pueblo de Dios, como herencia que pertenece a Dios, tiene esta cualidad: es extremadamente, inmensamente, grande, magnífico, brillante. Parte de esta gloria es su número: millones de millones:

“Un río de fuego, procedía y salía de delante de él: millares de millares le servían y millones de millones asistían delante de él...” (Daniel 7: 10);

“Después de estas cosas miré y he aquí una gran compañía, la cual NINGUNA PODÍA CONTAR, de todas gentes y linajes y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas y palmas en sus manos y clamaban en alta voz, diciendo: Salvación a nuestro Dios que está sentado sobre el trono y el Cordero... Estos que están vestidos de ropas blancas ¿quiénes son...? Estos son los que han venido de grande tribulación y han lavado sus ropas y las han blanqueado en la sangre del Cordero...”

(Apocalipsis 7: 9 a 14).

Sin embargo su gloria reside más en su carácter de redimidos por la sangre de Cristo. Esa gloria “se verá un día en lo que Dios habrá hecho por él por su gracia: la excelencia gloriosa, la belleza divina, la perfección de la humanidad en la estatura perfecta de Cristo” (Lacy).

En esta oración que estamos considerando se pide que podamos comprender de cuánto valor somos para Dios, cómo se considera rico debido a nuestro amor y servicio a él. Él es de una inmensidad completamente incomprensible y nosotros menos que átomos ante él, nada podemos darle ni añadir a su grandeza y perfección absolutas. ¡Y sin embargo nos considera así!

¡Cómo debería afectar esto nuestra vida y servicio a él! ¡Qué importa que el mundo se burle de nosotros y diga que no somos nadie! ¡Para Dios somos de gran valor, no por nuestro “tamaño”, sino por nuestro carácter consagrado a él y que hemos recibido por su propia obra en nosotros. Leemos en Job. 1: 1 y 6 al 8:

“Hubo un varón en tierra de Hus, llamado Job y era este hombre perfecto y recto y temeroso de Dios y apartado del mal... Y un día vinieron los hijos de Dios a presentarse delante de Jehová, entre los cuales vino también Satán y dijo Jehová a Satán: ¿De dónde vienes? Y respondiendo Satán a Jehová dijo: De rodear la tierra y de andar por ella. Y Jehová dijo a Satán: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado de mal?”

En este pasaje parece como si Dios estuviera “orgulloso” de Job, como un padre respecto a un hijo bueno, a quien ama mucho. ¡Cuánto valor asigna Dios a un pequeño siervo suyo, ejercitado en pruebas y sufrimientos por amor a él, fiel, confiado, reverente, lleno de amor verdadero por su Señor y Salvador!:

“He aquí, el ojo de Jehová sobre los que le temen, sobre los que esperan en su misericordia” Salmo 33: 18.

Dios goza de sus obras en el cielo y en la tierra. Pero eso es su dominio, no su herencia, como nosotros. Se goza en el amor de sus hijos por él, en su carácter y en su número. Hemos sido salvados para alabanza de su gloria.

Por eso, la riqueza de una iglesia no consiste en sus posesiones materiales, ni en sus recursos monetarios, sino en la piedad sincera, en el conocimiento espiritual, en el celo, en el amor a Dios y a los hombres, en la pureza, bondad, fidelidad, honradez y valentía de los hombres y mujeres que la componen. Esto nos debe distinguir de los demás seres humanos y es lo grande y hermoso a la vista de Dios y de sus ángeles. Debemos tener conciencia de esto, para no ser “apocados” en mal sentido. Hay que recordar I Corintios 1: 26:

“Lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios y lo que no es, para deshacer lo que es”

y 6: 2-3:

“¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros ¿sois indignos de juzgar cosas muy pequeñas? ¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? ¿Cuánto más las cosas de este siglo?”

pero sin olvidar jamás”: Corintios 1: 30-31:

“Mas de él sois vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría y justificación y santificación y redención, para que, como está escrito: El que se gloríe, gloríese en el Señor”

ni el cántico de millones y millones de redimidos en el cielo:

“Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque tú fuiste inmolado y nos has redimido para Dios con tu sangre, de todo linaje y lengua y pueblo y nación y nos has hecho (tú, no nosotros) para nuestro Dios reyes y sacerdotes y reinaremos sobre la tierra”

(Apocalipsis 5: 9 y 10).

**Versículo 19a : “Y cual aquella supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos”.**

Esto es lo tercero que debemos ver con los ojos del espíritu y Pablo ora para que sea así.

Hemos considerado en los versículos 1 al 18 maravillosos y grandiosos pensamientos, tanto de lo que somos y tenemos en Cristo, como de lo que somos para Dios, pero, para que esto no sean sino hermosos pensamientos y sólo teoría irrealizable en la vida práctica, se requiere de un poder sobrehumano que los haga reales. Y ese poder existe, es suficiente y está a nuestra disposición. Es tan grande, que no hay lenguaje humano que pueda expresarlo adecuadamente. Por eso Pablo acumula término tras término, en un esfuerzo por expresarlo lo más exactamente posible: “supereminente grandeza de su poder” se refiere a un poder superior a todo lo imaginable.

Hay dos razones por las cuales debemos ser capaces de apreciar este inmenso poder:

1º Para darnos cuenta de todo el poder que ha sido necesario poner en acción para salvarnos (ha sido necesario invertir el curso mismo de la naturaleza y de la historia, cambiar la muerte en vida, perdonar los pecados y librar de sus desastrosas consecuencias, transformar la ley del pecado y de la muerte en la ley del espíritu de vida en Jesucristo) y esto para que no menospreciemos lo que tenemos, ya que es tan fácil y tan común olvidarlo o no apreciarlo debidamente cuando el mundo o la carne nos atraen. Salvar aun al más insignificante de nosotros ha requerido del despliegue o la puesta en acción de un poder superior a toda la energía del universo. ¿Cómo podemos tener esto en poco en nuestra conducta diaria y en nuestra mente?

2º Para usar ese poder en forma práctica en la vida REAL. Si apreciáramos debidamente este poder y supiéramos cuán grande es y que siempre está efectivamente a nuestra disposición ¿cómo cambiaría nuestra actitud ante los problemas! ¿Por qué sufriríamos angustia o incertidumbre, depresión o desánimo (ánimo abatido) o frustración? Pero es necesario pasar del conocimiento teórico (que seguramente tiene todo hijo de Dios) al conocimiento práctico, a la experiencia real. Un ejemplo bíblico de esto es el caso de Sara:

“Y le dijeron: ¿Dónde está Sara tu mujer? Y él respondió: Aquí en la tienda. Entonces dijo: De cierto volveré a ti según el tiempo de la vida y he aquí, tendrá un hijo Sara tu mujer. Y Sara escuchaba a la puerta de la tienda, que estaba detrás de él. Y Abraham y Sara eran viejos, entrados en días, a Sara había cesado ya la costumbre de las mujeres. Rióse, pues, Sara entre sí, diciendo: ¿Después que he envejecido tendré deleite, siendo también mi señor ya viejo? Entonces Jehová dijo a Abraham: ¿Por qué se ha reído Sara, diciendo: Será cierto que de he de parir siendo ya vieja? ¿Hay para Dios alguna cosa difícil?” (Génesis 18: 9-14a).

Esto último Sara lo sabía perfectamente bien en su mente, pero retrocedió cuando se trató de confiar en ello y de aplicarlo efectivamente a sí misma, a confiar en ello:

“Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir simiente y parió aun fuera del tiempo de la edad, porque CREYÓ ser fiel el que lo había prometido” (Hebreos 11: 11).

Es decir, creyó que era una realidad para la vida, la aplicó y obtuvo el resultado, de modo que después de veinticinco años de espera, con decepción, desesperanza y resignación llegó a ejercer una fe confiada y segura.

Muchas veces Dios dice lo mismo:

“¿Hay para Dios alguna cosa difícil?” (Génesis 18: 14);

“Yo conozco que todo lo puedes y que no hay pensamiento que se esconda de ti” (Job 42: 2);

“¡Oh Señor Jehová! he aquí que tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder y con tu brazo extendido, ni hay nada que sea difícil para ti” (Jeremías 32: 17).

(Este capítulo 32 es otro ejemplo de lo que estamos considerando);

“Así dice Jehová de los ejércitos: Si esto parecerá dificultoso a los ojos del resto de este pueblo en aquellos días ¿también será dificultoso delante de mis ojos? dice Jehová de los ejércitos” (Zacarías 8: 6);

“Y mirándolos Jesús, les dijo: Para con los hombres imposible es esto (que alguien se salve), mas para Dios todo es posible” (Mateo 19: 26);

“Porque ninguna cosa es imposible para Dios” (Lucas 1: 37);

etc.

¡Aferrémonos a esto en cada experiencia difícil de la vida real!

En relación con esto, tomemos en cuenta cuán a menudo los hechos más portentosos de Dios nos pasan inadvertidos a causa de que él actúa en forma nada espectacular. Cuando sus actos se refieren a lo físico suelen llamarnos mucho la atención (sanidades y otros milagros semejantes), pero cuando se refieren a nuestro ser moral solemos no apreciarlo, perderlo de vista u olvidarlo. Sin embargo es en este último terreno donde más puede apreciarse el inmenso poder de Dios: ¿Cómo seríamos cada uno de nosotros, cuál habría sido nuestra vida familiar y personal, sin la redención y regeneración de que hemos sido objeto? ¿Cómo se ha manifestado ese poder en nuestra vida pasada? El Señor nos exhorta a no olvidarlo y a aplicarlo, para enfrentar las dificultades actuales:

“Acordéme de los días antiguos, meditaba en todas tus obras, reflexionaba en las obras de tus manos” (Salmo 143: 5);

“Acordéme de las obras de Jah; sí, haré yo memoria de tus maravillas antiguas” (Salmo 77: 11).

Nuestra actitud ante los atractivos del mundo y de nuestra carne y ante los sufrimientos, sinsabores y dificultades de la vida deberían cambiar notoriamente debido a la certeza de que está a nuestra disposición un poder tan grande que puede doblegar cualquier fuerza contraria o maligna y esto no en teoría, sino realmente.

### **Versículo 19b : “Por la operación de la potencia de su fortaleza”.**

La certeza absoluta de que podemos disponer de ese poder tan gigantesco proviene de que es la energía (“operación”) de la omnipotencia divina, que no tiene límites y de que, por la redención y por su gracia, somos los hijos adoptivos, elegidos y predestinados desde la eternidad de quien posee dicho poder. ¿Es posible imaginar siquiera que pudiera dejarnos abandonados, solos, en circunstancia alguna? Con todo, cuántas veces reaccionamos así en la práctica, si no en teoría:

“No os ha tomado tentación sino humana, mas fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis llevar, antes dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis aguantar” (I Corintios 10: 13);

“No dejarás la obra de tus manos” (Salmo 138: 8).

**Versículo 20a : “La cual obró en Cristo”.**

Esa potencia ilimitada del Padre se manifestó especialmente en Cristo.

**Versículo 20b : “Resucitándole de los muertos y colocándole a su diestra en los cielos”.**

Se manifestó especialmente en Cristo en dos formas: en su resurrección y en su exaltación.

a) En su resurrección.

“¿Cuánto poder fue necesario para tomar a Cristo, crucificado, mutilado, deshonrado y muerto, para resucitarlo a una vida nueva, radiante, triunfante y gloriosa y para colocarlo a la diestra de Dios en su trono celestial?” (Erdman).

Entonces como ahora la gente sabía que los muertos no vuelven:

“Hablando aún él, vinieron de casa del príncipe de la sinagoga, diciendo: Tu hija es muerta, ¿para qué fatigas más al Maestro?” Marcos 5: 35;

“Y Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no fuera muerto... Mas María, como vino donde estaba Jesús, viéndole, derribóse a sus pies, diciéndole: Señor, si hubieras estado aquí, no fuera muerto mi hermano... Y algunos de ellos dijeron: ¿No podía éste que abrió los ojos al ciego, hacer que éste no muriera?”

Juan 11: 21, 32 y 37.

Creían que Jesús podía sanar cualquier enfermedad, pero que una vez fallecida una persona, no había más esperanza. Esta fue la razón de la completa desesperanza de los discípulos después de la crucifixión:

“Y como fue tarde aquel día, el primero de la semana y estando las puertas cerradas donde los discípulos estaban juntos por miedo de los judíos...” Juan 20: 19;

“Mas nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel, y ahora sobretodo esto, hoy es el tercer día que esto ha acontecido” Lucas 24: 21

y del temor de Tomás de sufrir una nueva y aún más cruel desilusión:

“Empero Tomás, uno de los doce, que se dice el Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino. Dijéronle pues los otros discípulos: Al Señor hemos visto. Y él les dijo:

“Si no viere en sus manos la señal de los clavos y metiere mi dedo en su costado no creeré” Juan 20: 24 y 25.

Por eso, cuando comprobaron su resurrección se dieron cuenta (recién entonces, aunque Cristo les había dicho que resucitaría) cuán ilimitado era su poder y el del Padre, porque había ocurrido algo que todo el mundo estimaba, y sigue estimando, imposible. Habían sido testigos de cómo Cristo había calmado la tempestad, multiplicado los panes y peces y de la pesca milagrosa, pero su resurrección demostraba incomparablemente más poder.

Esto fue lo que les dio el ánimo sobrehumano para enfrentar hasta la más feroz y cruel oposición y persecución, para superar sus propias debilidades físicas y síquicas y las dificultades materiales, morales y espirituales que se oponen a la predicación y extensión del evangelio (desde entonces hasta ahora). Pablo también, que seguramente estimaba una fábula la resurrección de Cristo, por su imposibilidad, se convenció instantáneamente de la veracidad de todas las pretensiones de Jesús cuando le contempló vivo y revestido de su gloria divina.

El pasaje paralelo de Colosenses 1: 12b a 13:

“... nos hizo aptos para participar de la suerte de los santos en luz, que nos ha librado de la potestad de las tinieblas y trasladado al reino de su amado Hijo”

muestra que el mismo poder que resucitó a Cristo nos salvó a nosotros. Una vez más repito: No es de menospreciar lo que hemos recibido. ¡Cuán inmenso poder se desplegó en la salvación de nuestra alma! Esto debe darnos fe y decisión para anunciar el evangelio y para vencer al diablo, el mundo y la carne. Esta convicción debe influir en nuestro ánimo como la arenga de un general en los soldados de un ejército seguro de la victoria. ¡Es el Cristo vivo, resucitado por el poder infinito de Dios, el que está con nosotros y ese mismo poder el que está a nuestra disposición en nuestro esfuerzo para evangelizar y en nuestro combate contra todas las fuerzas contrarias!

#### b) En su exaltación.

El Cristo resucitado, con un cuerpo glorificado o celestial, con propiedades diferentes y muy superiores a las de los cuerpos sujetos a las leyes físicas de este mundo, ya no podía permanecer en la tierra, ni reanudar la antigua clase de relación de maestro a discípulo. Permaneció aún cuarenta días aquí, lo indispensable para establecer firmemente la fe de sus discípulos y enseguida ascendió al cielo. Allí ocupó un trono a la diestra de Dios. Nunca se dice en las Escrituras que una criatura ocupara un lugar de tanto honor, de modo que esto apunta a la naturaleza verdaderamente divina de Cristo, aunque en su persona única se unían indisolublemente la naturaleza divina con la humana. De este modo Cristo comparte el trono del Padre. Que es así se puede notar en la pretensión de Satanás, para quien poner allí su trono equivalía a destronar a Dios, para ser él señor de todo:

“Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo, en lo alto junto a las estrellas de Dios ensalzaré MI SOLIO y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del aquilón, sobre las alturas de las nubes subiré y SERÉ SEMEJANTE AL ALTÍSIMO” (Isaías 14: 13-14).

A Cristo le correspondía doblemente ocupar ese lugar, en primer lugar, como Dios eterno, que siempre lo había ocupado:

“En el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios”  
(Juan 1: 1-2);

“Ahora pues, Padre, glorifícame tú cerca de ti mismo con aquella gloria que tuve cerca de ti antes que el mundo fuese”  
(Juan 17: 5)

y

“¿Pues qué, si viereis al Hijo del hombre que sube donde estaba primero?”  
(Juan 6: 62)

y en segundo lugar, como victorioso Redentor, que había terminado con éxito la difícil y dolorosa misión que le encomendó el Padre.

Por otra parte, su ausencia física era necesaria para que pudiera ahora con su naturaleza espiritual vivir en cada uno y en todos los creyentes con todo su ser:

“El que me ama, mi palabra guardará y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos con él morada” (Juan 14: 23)

y para que el Espíritu Santo pudiera reemplazarle

:

“Os es necesario que yo vaya, porque si yo no fuese, el Consolador no vendría a vosotros, mas si yo fuere, os le enviaré” (Juan 16: 7).

Esto ha posibilitado lo dicho en II Corintios 3: 8:

“¿Cómo no será más bien con gloria el ministerio del espíritu?”

Esta es la conclusión práctica para nosotros de todo lo anterior.

En su trono en el cielo, Jesucristo ha recibido todo el poder y autoridad para llevar hasta la perfección todos los planes de Dios y especialmente para desarrollar y establecer plenamente el reino de Dios, que es su Iglesia, no un orden terrenal, sino espiritual, establecido en el corazón de todos los creyentes verdaderos.

### **Versículo 21a : “Sobre todo principado y potestad y potencia y señorío”.**

Estos nombres se refieren a seres angélicos, buenos y malos:

“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra señores del mundo, gobernadores de estas tinieblas, contra malicias espirituales en los aires” (Efesios 6: 12);

“Porque por él fueron criadas todas las cosas que están en los cielos y que están en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades, todo fue criado por él y para él” (Colosenses 1: 16);

“Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora notificada por la iglesia a los principados y potestades en los cielos” (Efesios 3: 10).

El hombre ha sentido siempre mucha curiosidad y deseos de conocer más acerca de estos seres sobrehumanos. Así era en tiempos de Pablo y sigue siéndolo ahora. Pero la Biblia nos da muy poca información sobre ellos y no debemos querer saber más que lo que está escrito. Toda discusión mayor sobre el tema es superflua y una pérdida de tiempo, que no edifica, ni aprovecha para nada.

El hecho de que al referirse a ellos, Pablo use a veces unos nombres y otras, otros, puede deberse a que no quería entrar en las elaboradas discusiones en que muchos se enfrascaban, sino que simplemente reconocía que existen diversas clases de ángeles buenos y malos, sin entrar en ningún otro detalle, ni sancionar, ni rechazar, ninguna teoría en boga sobre el particular.

Lo que le importa a Pablo es lo siguiente: Cristo fue exaltado infinitamente sobre cualesquiera clase de seres sobrehumanos que existan, con cualquiera clase de poder o preeminencia. Esta idea es expresada con fuerza en Hebreos 1: 3-4:

“El cual, siendo el resplandor de su gloria y la misma imagen de su sustancia y sustentado todas las cosas con la palabra de su potencia, habiendo hecho la purgación de nuestros pecados por sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto más excelente que los ángeles, cuanto alcanzó por herencia más excelente nombre que ellos”.

“**Sobre**” significa que está por encima de todos los seres angélicos y, por lo tanto, no puede ser uno de ellos, ni siquiera sólo en el sentido de más poderoso. Este sentido de “sobre” se confirma en Colosenses 1: 16:

“Porque por él fueron criadas todas las cosas que están en los cielos y que están en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue criado por él y para él.”

Por lo tanto era falsa la idea de los gnósticos acerca de que Jesucristo era otra “emanación” de Dios, como los demás ángeles, y la de los Testigos de Jehová, que les siguen hoy día. Esto debemos entenderlo bien, para que nunca uno de los nuestros sea atrapado por estos “falsos” testigos, como ha ocurrido ocasionalmente.

**Versículo 21b : “Y todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, mas aun en el venidero”.**

El nombre de Cristo es superior a cualquier otro nombre, sea que se aplique a poderosos seres humanos o angélicos. Es decir, él es superior a todos en dignidad y poder. Esto es así con respecto a los nombres conocidos ahora por el hombre y también respecto a los que pueda llegar a conocer o pudieren existir en el futuro, lo cual prueba una vez más que Cristo no es una simple criatura muy poderosa, sino Dios mismo hecho hombre. Si fuera una mera criatura, aunque fuera la más poderosa existente actualmente y aunque fuera un poco inferior a Dios, Dios siempre podría crear en el futuro una criatura superior. Pero aquí dice que eso no es posible, por lo cual Jesucristo es Dios.

Erdman resume así la idea del versículo 21: “Quiso decir que cualesquiera poderes sobrehumanos existan y sea cual fuere su nombre, Cristo está por encima de todos los que existían en esos momentos y existirían en el futuro”.

Otro autor dice al respecto: “La fe de Pablo vio al Resucitado y al que resucita pasando a través de, y más allá de, sucesivos órdenes de potencias angélicas, hasta que no hubo grandeza alguna del cielo que no hubo dejado atrás. Entonces, después de nombrar las potencias angélicas cuyos nombres conocía, usa una frase universal que incluye “no sólo” a los conocidos a los hombres que viven en la tierra “en la” edad presente, sino también los nombres que se necesitarán y usarán para describir a los hombres y ángeles en el futuro” (Beet).

**Versículo 22 : “Y sometió todas las cosas debajo de sus pies y diólo por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia”.**

La idea general del versículo 21 está tomada del Salmo ocho, donde se describe a la humanidad en su condición original sin pecado y se presenta a Cristo como consiguiendo para sí, como hombre por excelencia, y para los suyos el dominio que Dios quiso darle:

“Hicístelo enseñorear de las obras de tus manos, todo lo pusiste debajo de sus pies”.

Al comienzo del versículo 22 se refiere al Salmo 110: 1:

"Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, en tanto que pongo tus enemigos por estrado de tus pies”,

donde se promete a Cristo dominio completo en su oficio de Rey-Mesías. Esto incluye destacadamente el establecimiento de su reino y la reunión de todos los elegidos en su Iglesia. Es el hecho expresado por el Señor Jesucristo en Mateo 28: 18-20:

“Y llegando Jesús, les habló, diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y doctrinad a todos los gentiles, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles que guarden

todas las cosas que os he mandado y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén”.  
Esta es la transición adecuada del dominio sobre las cosas y el universo a su unión con la Iglesia.

**“Y diolo por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia”.**

La idea es que este Cristo, con poder universal, ha sido puesto por Dios como cabeza de la Iglesia.

En los versículos 20 al 22 se ha presentado a Cristo en una exaltación sublime, en la cúspide de su gloria, dominio, poder y superioridad sobre todo cuanto existe y existirá, con toda potencia doblegada bajo sus pies y ahora se añade que tal maravilloso Cristo ha sido dado a la Iglesia, pertenece a ella y a todos los creyentes. ¡Este es el pensamiento que debe sostenernos y la fe que debe alentarnos en medio de toda dificultad, sufrimiento y oposición, mientras caminamos en este mundo, haciendo su voluntad! Si pudiéramos creer esto en forma práctica, nada podría deprimarnos, ni descorazonarnos.

Recordemos que la Cabeza de todo lo creado, material y espiritual, el Señor de todo, nada menos, nada inferior, es la Cabeza de la Iglesia. La conciencia de esto debiera darnos una actitud triunfante, como la que han tenido tantos ejércitos que han vencido más por su espíritu que por sus armas, táctica y estrategia o número. Un ejemplo de esto fue el ejército de Oliver Cromwell que derrotó a los aguerridos ejércitos del rey Carlos I, de Inglaterra.

Si la iglesia falla en su responsabilidad misionera, se debe a que no reconoce los privilegios que le confiere su relación con Cristo. Si tuviera fe en esto, no habría límite a lo que podría hacer, como la iglesia de Ginebra, bajo Calvino, que inundó los países romanistas con misioneros que lo arriesgaban todo, incluso la vida, para predicar a Cristo. También como los misioneros a la Polinesia, en el siglo XIX, cuyos abundantes frutos todavía perduran o como la iglesia que surgió del avivamiento en Corea, a comienzos del siglo XX.

**Versículo 23 : “La cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que hinche todas las cosas en todos”**

**“La cual es su cuerpo”** es una frase intercalada, para dejar claro que se trata de un solo organismo, cuya Cabeza es Cristo, cuyo cuerpo es la Iglesia y que se pertenecen recíprocamente. La iglesia es el instrumento del cual se vale Cristo para llevar adelante sus planes y por eso se la llama su “cuerpo”.

Cada vez que hacemos la voluntad del Señor estamos actuando como órganos o miembros suyos, lo cual destaca nuestro privilegio, responsabilidad y seguridad de éxito. Pero no hay que olvidar que esto no es automático: Los designios del Señor se cumplirán infaliblemente, pero puede desechar un órgano inhábil y reemplazarlo por otro. Si amamos verdaderamente al Señor esto nos causará gran preocupación; si no le amamos o le amamos superficialmente, no le daremos mayor importancia. Consideremos también que nuestros dedos hacen lo que les manda la cabeza, pero no podrían realizar una tarea delicada sin haber sido ejercitados para ella. Esta es una relación de interdependencia. Así ocurre con Cristo como cabeza y nosotros como sus miembros.

Además, el hecho de que la Iglesia sea el cuerpo de Cristo y Cristo su cabeza nos enseña que se pertenecen recíprocamente, de modo que, desde un punto de vista, Cristo, con toda su gloria y poder, pertenece a la Iglesia, lo cual debería llenarnos de santo orgullo, mucho más que cuando nos enorgullecemos de que algún gran hombre o mujer sea nuestro compatriota (por ejemplo: Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Claudio Arrau).

A pesar del lugar de elevadísima exaltación que Cristo ocupa en el cielo, en “luz inaccesible”, nos pertenece. Somos indignos, pobres y miserables en nosotros mismos, pero a

pesar de todo es nuestro, nos pertenece. Esto debe fortalecernos, hasta hacernos incommovibles ante toda oposición, burla y desprecio del mundo y asalto de Satanás.

**“La plenitud de Aquel que hinche todas las cosas en todos”.**

Esta expresión es difícil y se ha prestado para diversas interpretaciones, aunque, en último término, no hay mucha diferencia de fondo entre ellas. Prefiero aquella que considera que “Aquel que hinche todas las cosas en todos” se refiere a Dios, con su perfección y poder absolutos. Esta plenitud suya se la dio a su Hijo, que se había vaciado de esta plenitud al asumir la naturaleza humana:

“El cual, siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación ser igual a Dios, sin embargo se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres y hallado en la condición como hombre, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz”

Filipenses 2: 6-8,

en su función de Mesías y Redentor. Este Cristo humano, dotado de toda la plenitud y perfección divinas, Dios se lo dio a la Iglesia, para que more y obre en ella para siempre. ¿Podemos comprender qué enorme privilegio y correspondiente responsabilidad significa esto y también cuánta seguridad debe darnos su obra?